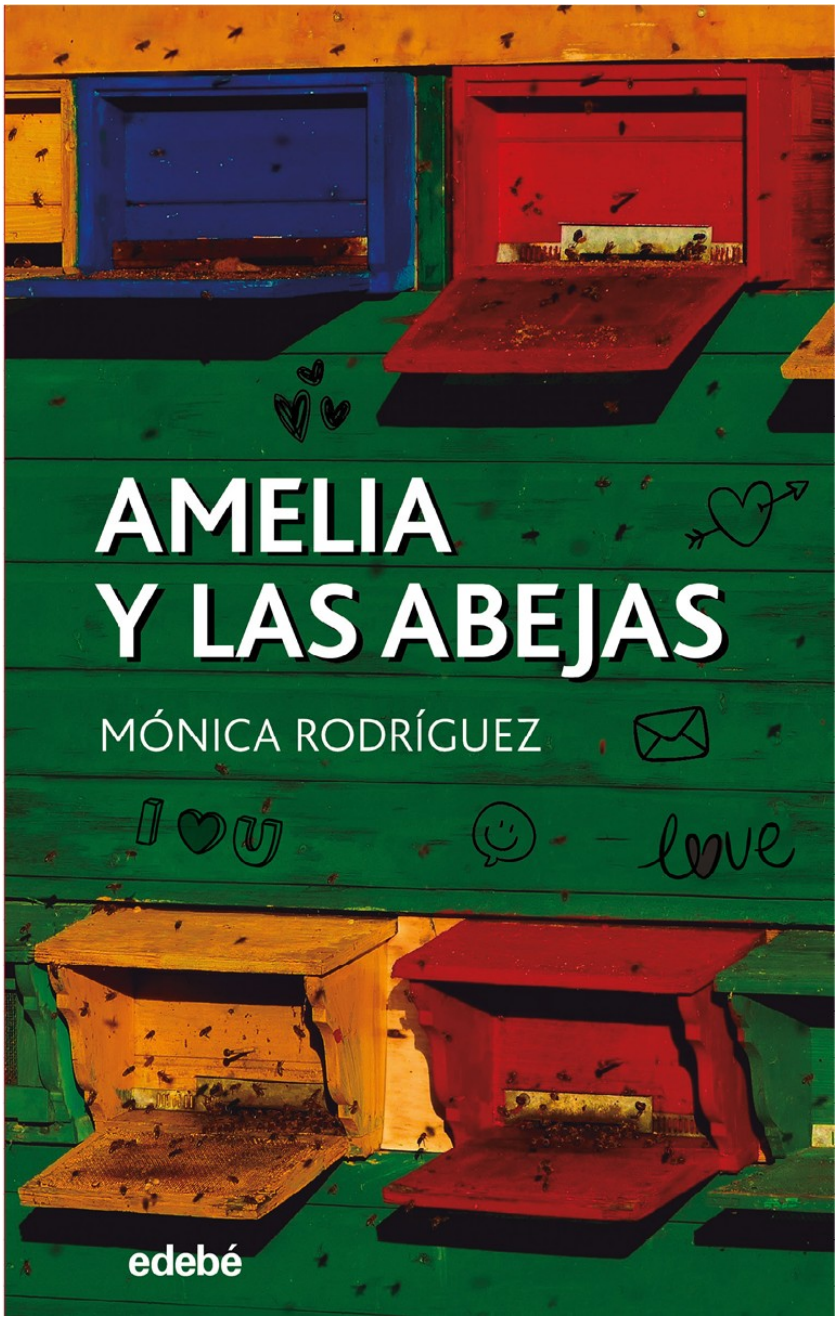
AMELIA
Y LAS ABEJAS
MÓNICA RODRÍGUEZ
edebé

AMELIA
Y LAS ABEJAS
MÓNICA RODRÍGUEZ
I ♥ U
love
edebé

MÓNICA RODRÍGUEZ

AMELIA Y LAS ABEJAS

edebé

© Mónica Rodríguez Suárez, 2019

© Ed. Cast: Edebé, 2019
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura Juvenil: Elena Valencia
Diseño de la colección: Book & Look
Fotografía de cubierta: Ramboldheiner en Pixabay

Primera edición, septiembre 2019

ISBN: 978-84-683-4193-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

1. Abelardo

Dice Abelardo que los ojos de Amelia eran como las abejas. Que él casi podía escuchar el zumbido de sus párpados como el batir de alas en las colmenas. Que mirar a sus ojos era como mirar el mundo ordenado y fascinante de las abejas y que por ello eran un misterio. Todo eso dice Abelardo, que es apicultor y que la quería mucho.

Un apicultor es una persona que se dedica al arte de criar abejas para aprovechar sus productos. Abelardo entrecierra los ojos y repite *arte.* Porque cuidar a las abejas, dice, no es otra cosa que arte y así lo expresan los diccionarios.

Luego me explica que cuando el sol caía en los ojos de Amelia, su iris rebosaba de luz, como las celdillas del panal.

Que ver las celdillas del panal a través del sol es como ver oro y que así eran sus ojos. Miel.

—Como los tuyos, Elena —añade y se ríe.

Otras veces se pone triste y recuerda a Amelia en los últimos días. Incluso entonces se levantaba con una sonrisa. Una vez se la encontró llorando a escondidas. Y sus lágrimas, dice, caían y eran abejas.

Porque las abejas, aclara ahora con la voz ronca, son las lágrimas del dios Ra que caen a la tierra, las lágrimas de Amelia. Y a continuación me cuenta toda esa historia de la barca y el sol de los antiguos egipcios.

—¿Quieres venir hasta las colmenas, Elena? —me pregunta.

Pero no quiero. A mí las abejas me dan miedo. Aunque sean lágrimas del dios Ra, aunque, como dice Abelardo, las abejas sean inofensivas si se las sabe tratar, si no se sienten amenazadas.

Yo lo único que sé es que las abejas pican y hacen cera y miel.

Bueno, y ahora también la leyenda del dios Ra.

2. La leyenda del dios Ra

El dios Ra lleva sobre su cabeza el disco del sol. Desde primera hora de la mañana navega en su barca dorada por el cielo. Surge de la oscuridad, más allá de la ribera derecha del río, en el horizonte, y levanta sus luces dirigiéndose hacia poniente. El dios Ra tiene cabeza de halcón y los ojos grandes y redondos. Mira más allá de la azulada bóveda que él mismo va llenando de luz mientras los remeros dirigen la embarcación hacia la otra orilla, el oeste, hincando las largas pértigas en el cielo.

Sobre los hombros del dios Ra cae la tela azul y amarilla que oculta su cuerpo y en sus brazos se enroscan dorados brazaletes. Una garza grazna a bordo de la barca y él estira el brazo que apoya en un cetro en cuya empuñadura está tallado un animal fabuloso. Señala el oeste donde le aguarda el mundo de los muertos que está por llegar: la noche. Pero es pronto. El disco de oro de su cabeza lanza flechas de luz que se clavan en los hombres, en las pieles secas de los cocodrilos, en las construcciones de adobe y caliza. La tierra recibe su oro y las aguas lo multiplican. Es el Nilo.

El dios Ra envejece en su viaje por el aire. Los remeros incansables no detienen la barca ni un segundo y ya se inclinan al encuentro de las tinieblas. El dios cambia su barca por otra para adentrarse en el mundo subterráneo que es la noche. Todo se inunda de sombras y muere la luz y con ella el mundo. Se extinguen los corazones y el tiempo se detiene cuando el dios Ra y la barca desaparecen más allá de la ribera izquierda del río, tras el horizonte.

Cada noche el mundo muere. Sin embargo, el milagro llega de nuevo y el cielo, poco a poco, comienza a teñirse de una franja de luz roja. Es la sangre de la serpiente, la sombra herida por el dios Ra que resurge ahora en su barca, triunfante, por el horizonte, repleto de luz.

El mundo renace y la barca y el disco solar avanzan hacia su cénit en el nuevo día. El dios Ra se conmueve. Llora y sus lágrimas caen en la tierra y se transforman en abejas capaces de hacer miel.

El fruto de los dioses.

El líquido del sol.

3. El Enebro

Aprovecho que Abelardo se ha ido para fisgar un poco. Tiene muchos libros, saco alguno de los estantes, pero no me interesan demasiado. Los vuelvo a guardar. Hay muchos de abejas.

Me fijo en la fotografía de la portada de uno de ellos. Es un panal lleno de celdillas. Miro el entramado de hexágonos que son las celdas y que ocupan todo el espacio, sin dejar un hueco, sin desperdiciar un milímetro. Es curioso que las abejas hagan sus ciudades así. Abelardo dice que es la construcción más perfecta que puede encontrarse en la naturaleza, que las abejas se agrupan, segregan la cera y hacen sus panales como dirigidos por una voluntad invisible y superior y que sus ciudades son un misterio. Abelardo, además de apicultor, es filósofo.

—Un poco filósofo —dice él.

Y se pone triste porque piensa en Amelia.

A veces Abelardo se pregunta qué voluntad hacía que ellos, Amelia y él, no pudieran vivir separados, que si sería la misma que dirige la afanosa vida de las abejas y les ordena hacer esto o aquello para sobrevivir al invierno, al verano seco y duro. Que qué voluntad quiso al fin separarlos, si es que es voluntad, Dios, instinto o qué, que eso es solo cambiar de nombre al misterio.

Y yo pienso, pues el amor, tío, qué va a ser si no. Porque Abelardo es mi tío.

Y él:

—Pero ¿qué es el amor?

A mí esas conversaciones me incomodan.

Voy a dejar el libro en su estante y se cae la fotografía. Es de una muchacha. Tardo en reconocerla porque está muy joven y muy guapa.

Es Amelia.

Me fijo en sus ojos que son abejas y en su pelo que es rizado y en su sonrisa luminosa y también sincera. Parece tan segura de que nada malo puede pasarle que me echo a llorar.

Guardo el libro antes de que regrese mi tío y con él la fotografía. Salgo a la calle y me siento a la entrada de la casa a ver pasar la vida. Pero la vida de El Enebro es muy aburrida.

Una abeja solitaria se acerca a libar en las flores que hay en grandes macetas a la entrada de la casa. Su zumbido llena el aire, pulsa mi corazón. Quiero salir corriendo, pero me contengo. Si estoy quieta no me va a picar, me digo. Cierro los ojos y la luz se esparce en mis párpados y es roja y caliente y la abeja aletea muy cerca. Aprieto más fuerte los ojos. La abeja se ha alejado lo suficiente para que su zumbido ya solo sea una vibración de mi recuerdo, el aire se mueve y sopla sin la sacudida del insecto. Abro y cierro los ojos varias veces.

Estoy contenta porque he sabido contener mi miedo.

Es raro, pero cuando cierro los ojos muy fuerte veo abejas.

En mis párpados.

Al abrirlos, el sol cae en mis pupilas y recuerdo eso de la miel que dice Abelardo y en ellos entra, como atraído por sus néctar, la imagen de un chico.

Es un chico de verdad. Viene por el camino y corre hacia mí.

Le sonrío.

4. El chico

No conozco a nadie en El Enebro salvo a mi tío. Y a algunos de sus amigos, pero todos mayores. Es decir que no conozco a nadie de mi edad. El que viene por el camino parece un año mayor que yo, tal vez dos, moreno, de cara flaca y ceñuda. Es fibroso y lleva una mochila a la espalda aparentemente vacía. Se para frente a la casa y pregunta, hosco:

—¿Está Abelardo?

A mí, claro, me pregunta a mí. Solo estoy yo, pero desvía un poco la mirada hacia dentro de la vivienda, a su línea penumbrosa y entreabierta, como si pudiera descifrar el enigma de la existencia de Abelardo en aquel hueco.

—No está, ¿qué quieres?

Enrojece. Se encoge de hombros y se da la vuelta sin decirme nada.

—¿Vienes a por miel? —aventuro.

Me da la sensación de que he sido un poco brusca y quiero arreglarlo, que se quede.

Se detiene y apenas vuelve la cabeza para decir algo que no entiendo.

—Soy Elena —digo—, su sobrina.

Silencio.

—Mi tío Abelardo dice que me parezco a Amelia.

Él no se mueve, tampoco habla. Insisto:

—Voy a estar unos días...

El chico mira alternativamente mi rostro y la tierra bajos sus pies donde el sol imprime una confusión de luces. Es en esa zozobra donde se detiene más rato y encoge un poco los hombros, sin decir nada.

—¿Cómo te llamas? —pregunto.

Enrojece de nuevo. No sé si dice algo o no porque la abeja de antes (tal vez otra), acompañada de otras dos o tres, aparece como de la nada revoloteando entre las flores de las macetas, tan cerca de mí que mis músculos se tensan y dejo de prestarle atención al chico. Sigo el vuelo de la abeja, su cuerpo velludo y partido, las cuatro alas zumbonas, el zigzag de su trayectoria que cambia bruscamente, dirigiéndose hacia mí. Las antenas, esos ojos ovales. La sacudida de sus alas. Pienso en su aguijón y no puedo controlarme. Grito, manoteo y echo a correr hacia el interior de la casa.

Miro al chico por la abertura de la puerta, avergonzada y de malhumor, pensando que se estará riendo de mí.

Pero está muy serio y mira a las abejas.

Aunque no lo dice, estoy segura de que piensa que no, que yo no me parezco a Amelia, que ella no se habría comportado así, como una tonta solo por una abeja. Y eso es verdad y me irrita.

5. Amelia

Abelardo dice que cuando conoció a Amelia sonaba la llamada de la reina virgen dentro de la colmena. Que la llamada de la reina virgen es un zumbido que asciende y desciende por los huecos del aire, como si fuera intermitente, y en él están presentes la cólera y el deseo y la sustancia misma de la vida. Porque este rebato no es sino un desafío hacia las otras reinas vírgenes para batallar, pues solo puede reinar una única abeja en cada colmena. Los apicultores más experimentados conocen esa llamada pero es difícil distinguirla entre los zumbos del enjambre.

Estaban en un curso de apicultura y andarían por los diecisiete años, dos más que yo.

—A ver si alguien lo escucha —les dijo el profesor, invitándolos a guardar silencio—. ¿Oís la llamada de las reinas vírgenes retándose unas a otras?

Una colmena tiene abejas obreras, que son las más numerosas, zánganos, que son pocos, solo machos y que no hacen nada, y una única reina que es la que pone huevos en las celdas, hasta dos mil huevos al día o más. Todas las abejas son sus descendientes.

Abelardo dice que al principio él no oía nada. Que no era capaz de distinguirlo. Serían unos diez alumnos, todos adolescentes, cubiertos con el buzo y la máscara provista de mosquitera y los guantes para evitar las picaduras de las abejas. Se sintió impaciente porque solo un zumbido seco y a la vez múltiple le rodeaba y entre el vuelo de algunas abejas dispersas miró hacia la chica que estaba a su lado y todo pareció silenciarse a excepción de aquella llamada, como de gaviota o de grillo, y de los ojos de ella, que parecían zumbar, y de su sonrisa. Era Amelia.

Él también sonrió y escucharon el reclamo de las reinas mirándose a los ojos.

Cuando volvieron al aula en la furgoneta, Abelardo buscó sentarse junto a ella. Amelia tenía el pelo largo, rizoso, de color ámbar —leonado, me dice— y los ojos casi amarillos o miel. Como los tuyos, Elena, añade Abelardo. La furgoneta traqueteaba y les llegaba el aroma de la lavanda y los enebros y la jara, en medio de aquel aire caliente, casi asfixiante, y los golpes del humo del tubo de escape.

La furgoneta era vieja como el profesor Gerardo, que conducía con el codo apoyado en la ventanilla, sin acompañante, y que iba silbando una canción de entonces.

Lo que son las cosas, dice Abelardo. Todavía ahora escucha esa canción y ve los rizos de Amelia llevados por aquel aire, entrelazándose como largos insectos voladores, como las hierbas amarillas y descuidadas del campo en verano.

—Es increíble —le dijo entonces Abelardo a Amelia.

Sus palabras salieron sacudidas por el viento de la furgoneta y volaron lejos y sus altibajos hicieron reír a los dos muchachos.

—¿Qué es increíble? —gritó ella, recogiéndose los mechones que se empeñaban en taparle los ojos.

—La vida de las abejas —dijo él.

Pero pensaba en otra cosa.

Ahora Abelardo me confiesa que lo que de verdad le parecía increíble en aquel momento no eran las abejas, no, era aquella muchacha, Amelia, la destinada a convertirse en su reina.

—Aunque yo no soy un zángano —añade Abelardo y se ríe.

6. Zánganos

Los zánganos en una colmena se dedican a comer miel, a salir al campo y si acaso a tumbarse holgazaneando entre los pistilos de una flor. Son los únicos que no trabajan en la ciudad de las abejas y las obreras lo permiten mientras ellas recolectan, limpian la colmena, vigilan, alimentan a las larvas y construyen sus edificios singulares. Les permiten esa desidia porque deberán fecundar a la reina virgen y cuando esto ocurre y finaliza el verano los sobrevivientes al vuelo nupcial son expulsados y matados por las obreras en un acto tal vez de justicia, pero cruel, que sirve para preservar la especie. La ciudad de las abejas no necesita a los zánganos golosos ahora que la reina ha sido fecundada y llegan los rigores del invierno.

La naturaleza es terrible y sin embargo perfectamente cronometrada, dice Abelardo.

Yo temo que vuelva con el rollo de quién o qué es ese espíritu superior que lo gobierna todo, pero Abelardo se ha quedado pensativo, acaso reconstruyendo sus recuerdos, y sigue con su historia.

Amelia era una apicultora de raza. Fue la primera que se quitó los guantes y se atrevió a tomar con sus manos desnudas un cuadro móvil de una colmena. Sobre sus dedos largos y blancos se posaron decenas de abejas que agitaban sus alas y murmuraban, tal vez tan fascinadas como Abelardo mismo por aquella piel y aquella fragancia que parecía desprender Amelia.

Ninguna le clavó su aguijón y todos pudieron ver la marabunta de pequeños insectos, casi negros, amontonados sobre las celdas del panal, moviéndose sobre sus hexágonos.

El profesor Gerardo sonreía por detrás de su mosquitera y con la mano apretaba el fuelle que lanzaba bocanadas de humo a la colmena desde la embocadura del ahumador metálico. Con el humo, las abejas se vuelven más mansas, me aclara Abelardo.

Después cuenta que aquel mediodía, ya en el edificio donde recibían las clases, se atrevió a acercarse a Amelia y cuando estuvo junto a ella pudo oler su pelo ahumado y la película transparente y brillante que parecía envolverla y le daba un aspecto vago, casi fosforescente, y a la vez inalcanzable. Sonrió nervioso.

—Me gustaría enseñarte una cosa —dijo.

Ella también sonrió.

—¿Qué cosa?

—Esta tarde, en el monte. ¿Vendrás?

—Bueno —dijo ella y volvió a sonreír.

Abelardo dice que entonces se escuchó de nuevo el canto de la reina virgen, pero que eso no podía ser porque las colmenas estaban a kilómetros de distancia, en el campo, hasta que se dio cuenta de que lo que zumbaba en sus oídos era su propio corazón, tal vez el de ella, y que eso era la llamada del amor.

Yo me pongo un poco colorada porque no me gusta hablar de esas cosas cursis, del

amor y todo eso. Entonces el tío Abelardo me dice, dándome una colleja:

—El amor es la alegría de los buenos, la reflexión de los sabios y el asombro de los incrédulos.

Y yo pongo los ojos en blanco.

Abelardo me habla entonces de Platón, un filósofo griego de antes de Cristo que dijo esa frase sobre el amor y otras muchas cosas muy sabias. Un fastidio.

—Las abejas bajaron del monte Himeto y depositaron su miel en la boca de Platón cuando era un niño —añade mi tío—. Por eso sabía tanto.

Resoplo aburrida y vuelvo la cabeza. Entonces, como si las palabras de Abelardo se hicieran realidad, veo al chico por la ventana. Unas abejas revolotean cerca de sus labios. Pestañeo incrédula. Pero allí sigue y es además el mismo que había preguntado antes por Abelardo y que se había quedado de pie, frente a mí, como un pánfilo, sin atreverse a hablarme.

Abelardo sigue mi mirada y se encuentra con el muchacho, que ahora sí habla o al menos mueve los labios, y las abejas revoloteando a su alrededor. Una de ellas se posa en su boca por un instante y siento miedo pensando que le va a picar, pero es solo un segundo. La abeja retoma su vuelo y desaparece junto a las otras dejándolo solo y sonriente, frente a nuestra ventana.

—Ah —dice Abelardo—, ahí está Ambrosio.

Me río.

—Ambrosio, vaya nombre.

—Cosas de pueblo, hija.

De este pueblo, pienso, y le comento:

—Vino cuando estabas en las colmenas.

—Dile que entre —me ordena Abelardo—. Verás cómo te asombra.

—Anda ya, tío —digo.

Entonces él suelta una carcajada:

—Eres una incrédula, Elena.

Y repite eso del asombro de los incrédulos que decía Platón.

7. El asombro de los incrédulos

Yo no creo en la llamada del amor. A Abelardo le gusta contarme todo eso del reclamo de la abeja virgen y de Amelia para sonrojarme, para pensar en ellos como dos privilegiados del amor. Pero sabe que yo sé que eso no es cierto, que no puede ser. No es que a mí no me gusten los chicos. Una vez me gustó uno, de mi clase, Lucas, pero era un bruto y ya está.

Mis padres están separados desde que tengo un recuerdo de ellos. Y tienen otras parejas sí, pero no oyen músicas celestiales, ni se les ponen los ojos en blanco y pueden soportar perfectamente pasar las noches separados. A veces, incluso lo prefieren.

Que el amor existe y está ahí y va de unos a otros es verdad. Pero tampoco es algo extraordinario. Qué me va a contar a mí Abelardo que yo no sepa.

Miro de nuevo por la ventana y veo la cara de Ambrosio que se ha contraído, saliendo de aquella especie de éxtasis en que cayó cuando las abejas le rondaban la boca, y pienso que ese chico no será capaz de asombrarme como dice Abelardo dando a entender mucho más. Pongo mi mano en el fuego a que no lo hará. O mejor dicho, en una colmena, sin protección ni nada.

La imagen de mi mano, con sus venitas y sus uñas limpias y sus nudillos, rodeada de abejas colma mi pensamiento y me llena de terror. Miro nerviosa a todos lados como si alguien hubiera podido escuchar mi cavilación y rectifico, no, no, no, Ambrosio jamás me asombrará, pero tampoco hay que poner la mano en ninguna parte.

—Anda, Elena —dice el tío, impaciente y socarrón observando mi ensimismamiento.

Corro a la puerta.

—Ambrosio —le llamo—, que ya está Abelardo. Pasa.

Él se queda quieto mirándome. Después entra en la casa y pasa a mi lado con la cabeza alta, hacia Abelardo, sin mirarme. Me roza y yo siento el aire removido, el crujir de su ropa y un olor extraño, que no distingo, pero que es agradable, fuerte y a la vez dulce, intenso.

—Hola, muchacho —dice Abelardo.

Se levanta y se palmea los muslos con sus manos haciendo ruido. Abelardo tiene las manos grandes y velludas. Todo él es grande y se encorva un poco al caminar como si le diera vergüenza ser así de grande. Un gigantón.

—Ahora mismo te preparo el polen.

Pasa sus dedos sobre la cabeza del muchacho que no es tan alto como él y desaparece por el cuarto del fondo, dejándonos solos.

Nos miramos.

Yo de frente y él de reojo.

Pienso en no decir nada para forzarlo a que sea él quien hable. Pero Ambrosio no despega los labios. Le observo. Es más alto que yo y sus ojos son muy oscuros, negros

diría, como el pelaje de Platón, el gato de Abelardo que viene ahora a enrocarse a los pies de Ambrosio. El chico se agacha y lo acaricia. Me fijo en su espalda y en su perfil, que es griego, y en el pelo revuelto que al agachar la cabeza le cae sobre la frente.

Platón maúlla. Hinca la mejilla en el pantalón vaquero de Ambrosio y me fijo en sus deportivas viejas y en que tiene los pies muy grandes. Él pasa los dedos varias veces sobre las orejas del gato y yo resoplo. Le importa más Platón que yo. Empiezo a impacientarme y muevo el pie. Sé que lo ve porque gira un poco la cabeza y me mira de reojo. Lo veo sonreírse y me pongo de malhumor.

—A mí no me gustan los gatos —digo.

No me mira, pero añade:

—Ni las abejas.

Entonces vuelve la cabeza y sonríe. Me quedo de piedra porque parece otro.

Tiene una sonrisa grande y blanca que le ocupa toda la boca. Le abre unos pliegues en las mejillas y todo él cambia y me desconcierta porque se le ilumina el rostro, como si de pronto portara el disco solar en su cabeza. Nunca creí que una sonrisa pudiera cambiar de esa manera un rostro. Ahora Abelardo incluso parece guapo, aunque no lo sea.

Se levanta y se dirige hacia la bolsa que ha dejado sobre la mesa.

—Te he traído esto —dice.

Se pone un poco colorado. Rebusca en la bolsa y saca algo envuelto en un papel blanco y grueso, como de carnicero, que enseguida despliega.

—Toma. Tienes que meterlo en la boca y tomarte la miel.

De pronto frunce la frente como si le hubiera asaltado un pensamiento doloroso y añade:

—A lo mejor tampoco te gusta la miel.

—Sí me gusta —digo muy rápido y pienso que mi voz ha sonado demasiado aguda y me da vergüenza.

—Es un trozo del panal con las celdillas llenas de miel. Un panal de verdad, de abejas silvestres.

Habla despacio, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo.

Tomo en mis manos el panal que me ofrece. Está tibio.

—Es por el humo —dice él—. Todavía guarda su calor.

Miro los hexágonos dorados que contienen la miel.

—Mételo en la boca —me dice.

—¡Pero tiene cera! —protesto.

Él sonríe.

—Prueba.

Cierro los ojos y me llevo aquel trozo blando y amarillo a los labios con un poco de aprensión. Me llega su olor, el almíbar de la miel, la oscuridad un poco agria de la cera y los restos del humo. Es un enjambre de aromas que predice la blandura del panal en la boca, su tacto tibio y dulce. Aprieto los labios y la cera se prensa y emana el chorro de la miel que me llena el paladar. Es un sabor intenso, dulce, delicioso.

Abro los ojos. Ambrosio sonríe y yo no puedo dejar de mirar su sonrisa, los pliegues de esos labios que estira y que son rojos, húmedos, terminados en dos diminutas montañas, como las alas de una gaviota que fuera a echar a volar, y él también me mira con una fijeza y una profundidad extrañas, como abstraído y a la vez concentrado en mis propios labios, sin dejar de sonreír.

Escucho carraspear a mi tío y una ola caliente me asciende hasta el rostro que siento

arder. Le miro de reojo con el panal aún en la mano, quieta como un pasmarote.

También noto que Ambrosio se altera y se da la vuelta casi violentamente hacia mi tío. Abelardo dice algo y le da un bote lleno de bolas lanosas, de colores, que es el polen que el chico ha venido a recoger. Por el rabillo del ojo veo cómo Ambrosio lo guarda en su bolsa, se despide y sale, sin decir nada, salvo un «gracias» apresurado. No quiero volver a mirar a Abelardo. Sé que está sonriéndose. Sé que está sonriéndose pensando en Platón, en el asombro de los incrédulos. Mierda de Platón. El gato, como llamado por mis pensamientos, viene a enrocarse en mis piernas y yo muevo el pie para desembarazarme de él. Platón maúlla dolorido y se escapa.

Ahora sí, miro a mi tío. Él mueve la cabeza y baja la mirada, escondiendo la sonrisa que nace en sus labios. Mierda de Abelardo, pienso.

Y me voy.

8. Platón en el monte Himeto

Sobre el cerro descansan numerosas flores en espigas, pequeñas y blancas. También hay extensiones de orquídeas, tomillo, mejorana... El viento cepilla las hierbas aromáticas y las flores ladean sus corolas como campanillas silenciosas. El monte tiene el corazón de mármol y sus laderas descienden y se adentran con blandura en las primeras casas del sur de Atenas.

Pero el alma, la esencia misma del monte Himeto que es este cerro, no está en sus laderas ni en su corazón de piedra, ni siquiera en esas flores hermosas que lo adornan ni en sus plantas aromáticas ni en sus lagartos. El alma, acaso el pensamiento del monte Himeto, está en las ondas misteriosas y zumbonas que sobrevuelan sus prados. Si nos acercamos y nos fijamos bien en ese espíritu que dirige los ciclos de su floresta veremos que es múltiple y que consta de pequeñas individuas. Son las abejas que, laboriosas, liban el néctar de las flores, esparciendo el polen en su tarea de fecundación del mundo.

No hay miel más dulce ni más perfumada que las de estas abejas ni cera más exquisita y manejable. El aroma del monte Himeto penetra en sus hechuras y deshace cualquier ponzoña. En su cerro no existen lagartos venenosos ni insectos mortíferos.

Una abeja danza formando ochos con su cuerpo. Agita el abdomen y es tocada suavemente por las antenas de las abejas que la rodean. Enseguida, ese grupo de obreras alza el vuelo y atraviesa los campos siguiendo la dirección exacta que les ha transmitido su hermana con sus movimientos. No se detienen en los campos floridos y continúan su vuelo más allá del lago y siguen aún las abejas volando hasta alcanzar la ventana de una casa en Atenas.

En la sencilla habitación hay una cuna y en la cuna descansa un niño. El pequeño llora y rebulle el viento agitando el aire que le rodea la boca. Las abejas, sin vacilación alguna, se acercan a ese vendaval que es su aliento y cada una de ellas va depositando sobre los labios del niño la miel que ha transportado desde el monte Himeto, en su lengua. Enseguida el bebé paladea el dulce y abre los ojos y ríe ante el vuelo febril de las abejas. El ruido zumbón de los insectos adormece al fin al niño, que sonríe ahora en los laberintos del pensamiento donde vacila su alma colmada del líquido del sol.

Las abejas mueven sus cuatro alas alrededor del niño y de pronto, como llamadas por un alma superior, salen de la estancia y desaparecen por los caminos del aire que conducen a su paraíso, el monte Himeto.

Un ruido rompe la mansedumbre de la habitación. Una mujer vestida con una túnica blanca avanza y el frufrú de su tela se despliega por la sala hasta que se detiene frente a la cuna. La mujer sonríe admirando el sueño plácido de su hijo Platón. No puede alcanzar a imaginarse el sino de su pequeño, solo las abejas lo conocen. La mujer lo alza en brazos y lo acuna, mientras un aroma dulce como salido de los sueños, de la boca pequeña y entreabierta del niño, le alcanza y llena la habitación. Un aroma idéntico al de la miel que

fabrican las abejas del monte Himeto.

9. La picadura

Abelardo ha esperado a que se me pasara el enfado o lo que fuera eso que sentía que ha hecho que saliera a dar una vuelta por El Enebro, tras la marcha brusca de Ambrosio. El pueblo es pequeño. Tiene una parte muy fea con edificaciones modernas y cuadradas, en desorden, y otra parte más bonita de calles estrechas y empedradas. En la zona vieja es donde vive Abelardo, en una de esas casas de piedra que debieron de estar aquí desde siempre. Desde que el pueblo es pueblo, vaya. Mucho antes de que Abelardo y Amelia decidieran instalarse en él.

Mis deportivas con suela de goma no hacen ruido. Camino con decisión sin saber adónde voy y siento la irregularidad de las piedras bajo mis zapatos. Pronto alcanzo el confín del pueblo, lo cual no tiene mérito dadas sus dimensiones. Camino por un sendero entre árboles no muy altos, que son encinas, y un sotobosque de enebros, que dan nombre al pueblo.

Aún siento el sabor dulce en la boca de la miel. No sé por qué tengo la necesidad de deshacerme de este sabor y corto unas hierbas y las voy mordisqueando. La savia olorosa me llena el paladar de ese sabor verde, a clorofila, un poco amargo, que me reconcilia con el mundo.

—A Amelia también le gustaba comer las plantas —dice Abelardo, cuando regreso con una hierba en la boca, como los dibujos de granjeros de Missouri—.Parecéis vacas —añade y se ríe y me hace un gesto para que me siente a su lado.

Abelardo ya tiene el pelo blanco, más bien gris. A veces se deja una barba de varios días que le sale dura y rabiosamente blanca. Eso dice él, «rabiosamente», y suspira como si de pronto recordara todo el tiempo que ha pasado desde que se fue Amelia. Desde que la conoció en aquel curso de apicultura.

Los ojos de Abelardo son también grises y de ellos no caen abejas, como de los de Amelia, pero a veces, ahora por ejemplo, se ponen rojos y se irritan.

—Fíjate si hace años que nos conocimos que yo aún no me había afeitado nunca —dice Abelardo y mueve la mano como si estuviera bajando la temperatura a un termómetro de mercurio, de los de antes.

Me gusta sentarme a su lado, siento que con su cuerpo fortachón y grande me protege de los desastres del mundo. Huele a pueblo, a cobertizo o algo parecido, no sé explicarlo, pero es un olor que solo tiene Abelardo y pienso si Amelia lo percibiría igual que yo. Me pregunto si acaso cada persona percibe los olores de una manera distinta. ¿Y los colores? ¿Y las formas? Sé, por ejemplo, que las abejas ven el mundo muy diferente a nosotros, más imágenes por segundo, como si todo transcurriera a cámara lenta. También sé que no ven el rojo, pero sí el ultravioleta y que las flores esconden unos dibujos sorprendentes que nosotros no somos capaces de ver porque no percibimos el ultravioleta. Tienen, además, un sentido del olfato, que está en las antenas, muy desarrollado, casi tanto como el de los perros.

A lo mejor cuando el tío era aquel chaval que se había apuntado a un curso de apicultura no olía como ahora, olía distinto, a colonia y sudores y ropa nueva. Pero ya era alto, delgaducho, con el pelo negro, como un cepillo, y los ojos esos agrisados más grandes que ahora. Dice él que tenía pecas.

Luego me cuenta lo de aquella tarde que quedó con Amelia por primera vez para ir al bosque, este mismo bosque de encinas y jaras, explica Abelardo, señalando la ventana, como si allí mismo empezara el bosque. Pero el bosque está más lejos, hay que caminar por un sendero entre matas y arbustos hasta llegar al encinar. Son árboles de talla mediana, con sus copas frondosas, de hojas verde-oscuras que el viento remueve, mostrando su envés aterciopelado y gris. Le acompaña un sotobosque de madroños y durillos. Por ese sotobosque iban caminando los dos chicos, Abelardo y Amelia, en su primera tarde juntos.

Ya entonces, dice Abelardo, se dio cuenta de la extraña alegría de Amelia, que iba canturreando y era risueña y ruidosa como un pajarillo.

—Eso de siempre. Incluso al final —añade mirando muy lejos—. No sabes la suerte que es levantarse con alguien que lo primero que hace es sonreír, a pesar de todo. Aunque luego llorase a escondidas.

Se limpia los ojos y sigue con su historia.

Las ramas se les enredaban en las perneras de los pantalones y a veces les arañaban los tobillos y las manos y hasta una vez la mejilla de Amelia.

—Estás sangrando.

—No es nada.

—Ven que te lo limpio.

—No, de verdad, no es nada.

Pero Abelardo ya había puesto su mano en la mejilla de Amelia y la miraba de muy cerca, sus párpados y su sonrisa.

Siguieron caminando. Alcanzaron una encina que era más grande y cuyo tronco se partía en varios brazos gruesos. La mayoría de aquellos brazos parecía esconderse en la hojarasca oscura mientras que uno de ellos sacaba su mano gruesa y desnuda, como señalando el camino que llevaba a El Enebro, del que solo se apreciaba una hilacha móvil de humo allá entre los árboles, lejos.

Abelardo no dejó que Amelia se acercara.

Ya se oía el sonido zumbón y algunas abejas sobrevolaban el tronco aquel. Salían y entraban por su muñón y ella adivinó enseguida.

—¡Una colmena silvestre! —dijo.

Abelardo agitó la cabeza, satisfecho.

—¿Esto querías enseñarme?

—Sí, pero no te acerques, que no venimos protegidos y van a sentirse amenazadas.

—No te preocupes.

Ella canturreó algo y se acercó a la rama poniéndose de puntillas. Se movía muy despacio, guardando ahora silencio. Abelardo la vio hacer.

Era alta y espigada, vestía con vaqueros y una camisa blanca, sedosa, sobre la que el viento hacía ondas. Llevaba el pelo recogido en una cola baja y sonreía.

Muy despacio se alejó del tronco y se acercó al muchacho.

—Hay muchas —le dijo en voz baja—. Eso es bueno para el bosque.

Abelardo sacudió la cabeza sin poder dejar de mirar aquellos ojos ambarinos y su frente despejada y aquella sonrisa. Algunos mechones dorados le caían por delante de las orejas hasta los hombros. El viento los sacudía.

Dice Abelardo que entonces sintió el dolor. Una punción en el cuello, como si alguien le estuviera clavando un hierro al rojo vivo y con él un calor agudo y latente. Que si tuviera que poner un color a aquel dolor diría que era amarillo. Una punzada amarilla y negra como el cuerpo velludo de las abejas.

—¡Ay! —gritó—. Me ha picado una.

Ella le agarró de la mano.

—Alejémonos.

Cuando ya estuvieron a una buena distancia de la encina, Amelia tiró de él suavemente para que se sentara en el suelo y se inclinó a investigarle la picadura.

—Todavía tienes el aguijón y su abdomen —dijo.

Abelardo me explica que cuando una abeja clava el aguijón, parte del abdomen se desgarra y la abeja muere. Pero los músculos y los nervios del pedazo de abdomen unido al aguijón siguen bombeando el veneno. A veces diez minutos. O más. Por eso hay que quitarlo cuanto antes, pero con mucho cuidado para no meter el veneno y el aguijón más adentro.

—¿Quieres quitármelo de una vez? —rogó Abelardo.

—Espera.

Amelia sacó una tarjeta del bolsillo y raspó la picadura sacándole el aguijón.

—¿Te pica mucho?

—Sí.

Fue entonces cuando Amelia sopló en su nuca para aliviarle el escozor y él sintió aquel estremecimiento que le hizo girarse. Dice Abelardo que sin darse cuenta de lo que hacía, le dio un beso en los labios a Amelia y que ella cerró los ojos.

—Tal vez por eso —confiesa Abelardo—, adoro a las abejas. Incluso sus picaduras, a pesar de todo.

Aquel fue su primer beso.

Seguramente cantaba algún pinzón, una abubilla o chirriaban las cigarras y el viento tronchaba las ramas débiles de un alcornoque. Abelardo no lo sabe, que de aquella tarde solo recuerda la picadura y el beso.

—Y el recuerdo, Elena —dice en voz casi baja—, es muy traicionero

—¿Quieres que vayamos a ver a Amelia? —pregunto yo.

—No, aún no —contesta Abelardo—, aún no estoy preparado.

Y pienso que es lo mismo que me ocurre a mí con las colmenas.

Que le da miedo.

10. Rasta

Estoy sentada a la puerta de casa de Abelardo. Hace una buena mañana y la luz cae a mis pies. Abelardo se ha ido a las colmenas y de nuevo no he querido acompañarle. Miro el cielo e imagino esa bola amarilla, medio borrada por sus propios rayos y deslumbrante, sujeta a la cabeza del dios Ra que ha regresado del mundo de las sombras y navega ahora por este cielo tan azul.

Es curioso. Cierro los ojos y en las sombras de mis párpados que hacen caleidoscopios pienso en el origen de todo y siento vértigo. Es un misterio tan grande que no puedo abarcarlo con el pensamiento.

Abro los ojos con el deseo de encontrarme en el camino a alguien. A Ambrosio, por ejemplo. Estoy aburrida. Espanto una mosca y me imagino que sí, que Ambrosio ha venido a pedirle propóleo a Abelardo, o polen, que eran esas bolitas de colores que le dio mi tío el otro día, y que yo le digo que ya me gustan un poco las abejas, no mucho y que él se ríe. O que voy por el bosque y lo veo jugando con un perro grande, que salta a su lado y él le tira un palo y el perro, al verme o al olerme, viene hacia mí y me lame y tras él, Ambrosio.

—Los perros sí que me gustan —digo.

Pero Ambrosio no viene.

Decido dar una vuelta por el pueblo. No para buscar a Ambrosio, claro que no, solo por dar una vuelta y matar un poco el tiempo hasta que llegue Abelardo. Una mujer está barriendo en la puerta de su casa. Es vecina y la conozco de vista y es vieja también como los viejos de este pueblo que son todos iguales: muy arrugados, pero fuertes y con las mejillas coloradas. Las manos también son así, llenas de pliegues como los troncos viejos, y sin embargo enérgicas, a veces anchas, enrojecidas.

—¿A dar un paseo? —me pregunta levantando apenas las cejas y sin dejar de barrer—. Aprovecha el sol, que vendrán malos tiempos.

Sus palabras me suenan a terribles augurios y aprieto la boca en un gesto mohíno. Ella deja de barrer y me mira de frente.

—¿Cómo está Abelardo?

—Bien —digo.

—Es una lástima lo de Amelia.

Sacudo la cabeza, pero no quiero seguir hablando.

—Lo que no sé es cómo sigue trabajando con las abejas —añade.

Pero yo ya me estoy alejando y siento un nudo en la garganta. Aún tardo en dejar de escuchar el roce de la escoba contra el suelo. Cuando llego al inicio del bosque, en las afueras del pueblo, me arrodillo. Arranco unas hierbas no sé por qué y dejo que las lágrimas caigan de mis ojos. Inclino la cabeza y una de ellas, una lágrima, digo, se desploma sobre las matas y la veo, acaso la imagino, a cámara lenta, ovalada por el peso de la gravedad, golpeando la hoja sobre la que rebota antes de quedarse detenida en ella. Escucho el zumbido y no me sorprendo ni me altero al ver salir una abeja de las mismas matas donde cayó mi lágrima. La veo volar sobre las hierbas en zigzag hasta que desaparece y no siento miedo.

Simplemente sonrío. Con tristeza.

Intento recordar a Amelia pero su imagen de antes se superpone a la última que tengo de ella y sacudo la cabeza para echarla de mi mente.

Entonces oigo la carrera de las patas sobre la tierra y luego su respiración agitada y me giro. Es un perro muy grande, lanudo, algo *rastafari*, me digo y me río. Lo llamo así, «rasta, rasta, ven», y cuando se acerca le acaricio entre las orejas.

—Los perros sí que me gustan —digo.

Pero no está Ambrosio.

No lo necesito, me digo.

Decido volver a casa y leer uno de los libros del tío. Estoy algo aburrida en El Enebro, sin embargo, no quiero volver a Madrid. No, todavía no. El perro me acompaña, corremos y me devuelve el buen humor.

11. Enjambrazón

Me gusta esa palabra: «enjambrazón». Dice Abelardo que cuando las colmenas están demasiado pobladas, ricas en mieles y polen, la mitad de las abejas de la colmena se enjambran con su reina, o sea, forman un enjambre y se marchan en busca de otro lugar donde construir una nueva ciudad, y que esto es algo muy curioso. Porque abandonan sus riquezas, la seguridad de su metrópoli que ellas mismas han construido y comienzan una nueva vida con su vieja reina.

Dice Abelardo que cuando esto ocurre el apicultor puede levantar el enjambre con una mano como si fuera un racimo de uvas, y que las abejas están mansas y alegres como ningún otro día. Lo de la alegría yo creo que se lo inventa porque no sé yo cómo puede él saber si una abeja está contenta o triste y me pregunto si es posible encontrar abejas alegres. O melancólicas.

—Hay que ver —dice él—, si ahora resulta que la filósofa eres tú.

Abelardo está quitando con una espátula la capa de cera con la que sellan los panales las abejas, para poder extraer la miel. Tiene un cuadro de madera que ha sacado de la colmena. Cuando la luz de la ventana atraviesa el panal, parece oro líquido, como si en efecto el sol se hubiese licuado e introducido en cada celdilla del cuadro. Huele muy fuerte, a cera y a miel y también a los óxidos del cobertizo del tío, donde estamos.

—Anda —me dice—, deja de filosofar y agarra una caja y ayúdame.

Hago lo que me pide. Sigo sus instrucciones y paso la espátula sobre el panal, arrasando con ella la cera que cae como una ola ambarina y sólida que me lanza andanadas de aroma.

—¿Y qué pasa con la colmena que deja el enjambre? —pregunto—. Porque se queda sin reina y entonces nadie pone huevos.

Abelardo me cuenta que no, que las abejas lo tienen todo previsto y que ya estarán naciendo en la vieja colmena varias reinas vírgenes. Que las obreras, simplemente cambiando la alimentación de los huevos, pueden convertir a una ninfa en reina, fíjate qué curioso.

—Y entonces llegan las llamadas de las reinas vírgenes y sus peleas hasta que solo queda una —añade Abelardo.

Veo que deja caer la mano de la espátula como si perdiera la fuerza y se queda así, con

la mirada envejecida y triste. Comprendo que la llamada de las reinas vírgenes vuelve a recordarle a Amelia, al día en que se conocieron bajo ese grito misterioso. Al rato, Abelardo sonríe y decide seguir con su historia, la de él y Amelia, y una luz entre divertida y enigmática le ilumina el rostro.

—No te creas que nos hicimos novios enseguida —dice, mientras mete las cajas, ya sin la cera, en la centrifugadora.

Me explica Abelardo que aquella picadura y aquel beso que se dieron en el bosque se le metió en la sangre y que ya no pudo dejar de pensar en Amelia. Acabó el curso de apicultura y cada uno se fue a su pueblo.

Amelia era de Valdecilla de Abantos y Abelardo de Villacastillo. Había lo menos sesenta kilómetros entre ambos. Pero eso no era lo peor, lo peor era que en Valdecilla de Abantos vivía el novio de Amelia, aunque eso él tardó en descubrirlo.

El día que Abelardo llegó en el autobús de línea que unía los dos pueblos, había llegado el invierno y sobre Valdecilla de Abantos caía un agua sucia, casi aguanieve, que embarraba los caminos y dejaba chorreras en el metal destartalado del automóvil. El polvo se pegaba a los edificios, ahora empapados, y el olor de la lluvia y de los campos se esparcía por el aire frío.

Abelardo bajó del autobús y corrió entre los charcos y el barro a refugiarse bajo un alero. No traía nada más que las ganas de ver a Amelia.

Y su teléfono en un papel arrugado. Entonces no había móviles.

Buscó una cabina y la encontró en medio de la plaza del pueblo, una plaza pequeña, casi hexagonal, como las celdillas de las abejas, coronada por un edificio con una torre que era el Ayuntamiento.

Corrió bajo el agua hasta la cabina telefónica, abierta, con un pequeño techo de cristal donde rebotaba el agua. Sacó el papel y la moneda y marcó sintiendo un bullicio en el corazón, como un enjambre de abejas.

—Enjambrazón —digo yo—, enjambre y corazón.

Y Abelardo se ríe.

No era la primera vez que llamaba. No, ya lo había intentado en Villacastillo.

Tampoco esta vez contestaron al teléfono. Pero él insistió mientras se le mojaban las perneras del pantalón y los zapatos y el agua zigzagueaba por el cristal de la cabina. Al fin, le respondieron.

Con la caída de la moneda, pensó Abelardo, se le caía también el corazón.

Era una voz de mujer mayor.

—¿Está Amelia? —preguntó él.

Había mucho ruido en el teléfono. Y también fuera, con el agua batiéndose por las

calles estrechas del pueblo, sobre el techo acristalado de la cabina, contra el suelo y las paredes y los escasos automóviles aparcados al borde de las aceras.

La mujer tardó en contestar.

—¿Quién es?

—Un amigo —dijo Abelardo.

Y el enjambre dentro, sonando.

Y el silencio de la línea y sus ruidos.

Y la lluvia.

—Está con su novio —dijo al fin la voz.

—¿Cómo? —preguntó Abelardo que no había entendido.

Que no había querido entender.

—Con su novio. Su novio. Estará por ahí, por el pueblo, dando un paseo.

Pero ya no escuchaba, dice Abelardo, y noto que le tiemblan un poco las manos mientras gira la manivela de la centrifugadora y la miel salta de los panales contra el metal del aparato haciendo crujir los herrajes y las aspas. Ya no escuchaba, repite.

Fue como si una o todas las abejas de aquel enjambre le hubieran clavado su aguijón allí dentro, en su corazón. Y el veneno extendiéndose. El veneno de su amor, que ya se sabe que, ante las adversidades, la locura del amor se engrandece y se obsesiona y rompe contra las paredes del corazón —o del cerebro, dice Abelardo— como ahora la miel en la centrifugadora.

Ni siquiera colgó el teléfono. Dejó el auricular moviéndose como un péndulo, atado al cable, en el aire, golpeándose a ratos contra el cristal de la cabina y la voz metálica «oiga», «oiga» y después el pitido intermitente y toda esa lluvia. No sabía qué hacer. Tenía diecisiete años y el mundo era Amelia y aquella voz se la había arrebatado. Ya no había nada.

Solo las sombras de lo subterráneo.

Caminó como un sonámbulo por las calles de Valdecilla de Abantos, sin ver ni sentir más que esa oscura lluvia que le empapaba por dentro. No recuerda Abelardo cuántas horas estuvo dando vueltas por el pueblo. Solo tiene un par de imágenes. Una mano que desaparece tras una cortina vieja. Un hombre y un mulo bajo la lluvia y sus pisadas en el barro. Lo demás es su dolor por las calles de Valdecilla de Abantos. Y la lluvia.

Sería tarde cuando tomó el autobús de vuelta. Estaba tan ensimismado que no se fijó en la gente que bajaba del vehículo. Cuatro o cinco personas. Esperó a que desaparecieran, apoyado en una pared, bajo el resguardo de un portal de piedra. Se tapaba la cara con el brazo, pero no recuerda si lloraba o era la lluvia lo que corría por su rostro.

Al fin, el rumor del autobús y su humo ensuciando la lluvia, enroscándose al aire

plomizo como la cola de un gato, le reclamaron. Recordó la llamada de la reina virgen y suspiró y se juró que jamás volvería a poner los pies en aquel pueblo. Un escalón, otro y el temblor metálico del autobús bajo sus zapatos. Se echó en el asiento y no abrió los ojos hasta llegar a Villacastillo.

Entonces Abelardo me mira y le da la risa. Abre el grifo que tiene la centrifugadora en la parte inferior y un chorro líquido de lava, o sea, de miel, cae en la palangana que ha colocado debajo. Mete el dedo en el chorro y prueba un poco.

—Anda —dice—, pruébala tú también. Es exquisita.

Lo hago. Chupeteo mi dedo impregnado de miel y Abelardo me explica qué es lo que le ha hecho reír. Mucho tiempo después, haciendo cálculos, cuando Amelia y él ya estaban juntos, descubrieron que ella se había bajado de aquel autobús, que era una de esas cuatro o cinco personas que saltaron los escalones destartalados del vehículo y corrieron por las calles de Valdecilla de Abantos, tratándose de proteger de la lluvia con un periódico, una bolsa, con lo que fuera. Tan deprisa, que no se fijó en aquel muchacho apoyado en el portal que esperaba el autobús, cabizbajo.

—¿Y sabes de dónde venía Amelia, Elena? —pregunta Abelardo—. ¡De Villacastillo, de mi pueblo! Había ido a buscarme.

Pero la desesperación es ciega, dice mi tío, y no se vieron, en aquel minuto preciso que habría cambiado sus vidas.

—¿Y el novio de Amelia?

—Ya no eran novios. Me dijo mucho tiempo después que lo había dejado plantado y que como sus padres no lo sabían lo usó como excusa para su aventura.

Ahora Abelardo llena un tarro de cristal directamente del chorro de miel y añade que es posible que si se hubieran encontrado entonces no hubieran estado juntos tantos años, que esas cosas no se saben, que a lo mejor acababan echando en falta otras experiencias. Que, al fin, el destino, esa alma superior, el espíritu de la colmena, Dios, la naturaleza o lo que sea, dice Abelardo, sabía que no había llegado aún su momento. El de ellos, el de Abelardo y Amelia, dice.

—O es posible —añade— que esa dificultad nos uniera. Las dificultades engrandecen las obsesiones. Y el amor, al principio, es eso. Una obsesión.

No le entiendo muy bien porque hace un rato que no le presto demasiada atención a Abelardo. El sabor de la miel en los labios me recuerda a Ambrosio y me despisto. Me lo imagino tomando un autobús para irme a visitar a la ciudad. Recorre las calles hasta llegar a la mía y todo el mundo se asombra porque le sigue un enjambre de abejas.

Abelardo cierra entonces el tarro de cristal repleto de miel y me lo ofrece.

—Anda —dice—, vete a llevárselo al muchacho del otro día por el panal que te trajo.

Hago una mueca rara y estoy a punto de atragantarme como si me hubiera pillado infraganti. Voy a decirle que no, que se lo lleve él si quiere, pero agarro el tarro y no digo nada. Sé que estoy colorada y, para que Abelardo no me vea, le doy la espalda y salgo del cobertizo.

Platón maúlla. Tengo la sensación de que se ríe de mi asombro. Mierda de gato, me digo. El sol cae sobre el tarro que tengo en las manos y le saca su oro.

12. Ambrosio

De todos los chicos que conozco Ambrosio es el más raro. Estoy segura de que en un colegio como el mío, los otros chicos se reirían de él, pero si le vieran aquí, en El Enebro, entre sus abejas y sus encinas, nadie, absolutamente nadie, se atrevería a burlarse. Causaría asombro. Sí, *asombro* es la palabra.

El asombro de los incrédulos.

Cuando salí del cobertizo con el tarro de miel en la mano, no sabía hacia dónde dirigirme. Abelardo se asomó a la puerta justo en el momento en que el perro lanudo que yo había bautizado como «Rasta» aparecía por el camino y se paraba para rascarse con una pata trasera el hombro o la clavícula, encogiendo su cuerpo peludo.

—Elena —dice Abelardo—, sigue a ese perro y llegarás a casa de Ambrosio, que es suyo. Cuarta puerta de la calle Cruz.

Sacudo la cabeza y me acerco a Rasta. El perro menea la cola y lo acaricio entre las orejas. Él olfatea el tarro de miel y me lame la mano. La seco en la chaqueta de lana y sigo al perro por los caminos del pueblo. La luz es muy amarilla, casi blanca, destella en algunos cristales y nos otorga una sombra diminuta a Rasta y a mí.

El perro no se dirige a la calle Cruz y yo me dejo llevar, sabiéndolo. Llegamos a un camino que se adentra en el bosque y decido continuar tras él. Ya tendré tiempo de volver y buscar la casa de Ambrosio, calle Cruz, cuarta puerta, si es que lo hago.

No sé si quiero ver a Ambrosio. A ratos lo deseo y a ratos me río de ese deseo. Prefiero seguir a Rasta.

Llegamos a un pequeño claro y descubro entre la hojarasca una chaqueta de lana y unos pantalones viejos y una cabeza. Es Ambrosio. Escucho un murmullo que me aprieta el estómago. Rasta y yo nos detenemos. Él parece intranquilo y mete la cola entre las piernas. Yo también lo estoy, como si algo se hubiera metido en mis nervios y los pinzara, pero lo tranquilizo acariciándole el lomo y le obligo a tumbarse a mi lado. Observo a Ambrosio y me pregunto por qué el perro, si es suyo, se comporta de este modo tan extraño, como si tuviera miedo de llegar hasta donde está el chico.

Ambrosio camina sobre una línea imaginaria con los brazos extendidos y los ojos cerrados. Muy despacio, tan despacio que parece que no se mueve, pero entonces un pie se

alza casi imperceptible por el aire y se arrastra luego y se adelanta con una parsimonia que recuerda a un mimo. Después el otro. No entiendo por qué hace eso, sin embargo su postura es bonita, con los brazos en cruz y la pierna a veces como una garza, a veces adelantada con el pie en punta.

De pronto abre sus ojos y mira las palmas de sus manos que están vueltas hacia el cielo. Entonces las veo. En sus palmas hay abejas. No puedo creerlo pero es cierto. Allí están, sus cuerpos negros y amarillos, sus cuatro alas recorridas por esas líneas oscuras como las nervaduras de las hojas. Sí, son abejas. Al fin salen volando y se alejan. Ambrosio sonríe. Rasta se pone de pie de un salto y echa a correr hacia el chico. Ahora entiendo que el perro tiene miedo de las abejas y me alegra saberlo. Al menos, hay alguien más en el pueblo con miedo a las abejas como yo. Por algo será, me digo.

Ambrosio saluda al animal y él mueve la cola y salta y después, jadeando, se vuelve hacia mí. Corre, levanta las patas delanteras y regresa donde está Ambrosio, que me mira, sorprendido.

—Hola —digo.

Sonríe.

Sonrío.

—Te traigo esto. Rasta me trajo hasta aquí.

Él frunce el ceño.

—¿Quién es Rasta?

—El perro —digo y me río.

—Se llama Conde.

—¿Conde? No le pega nada. Prefiero Rasta. Es que parece un rasta no un conde.

Él se encoje de hombros y temo que no sepa lo que es un rasta.

—Rasta de rastafari —aclaro—, los que llevan el pelo lleno de trencitas, casi rulos, muy largas, como los de él —señalo al perro.

—Ah —dice Ambrosio, pero yo creo que no sabe qué es un rastafari.

Se acerca y toma el tarro de miel que le ofrezco.

—Gracias.

—Es por el panal del otro día.

—Tuvimos que cambiar de sitio un enjambre que había hecho su colmena en nuestro tejado.

Habla y tartamudea un poco.

—¿Cómo eres capaz de tener abejas en las manos y que no te piquen?

Él me mira y sonríe de una manera distinta.

—Son zánganos —dice—. Los zánganos no tienen aguijón. Aquí se reúnen. A veces

vuelan en busca de las reinas de otra colmena. Pero son unos vagos y unos glotones. Si les das comida...

Me muestra las manos que aún tienen restos de miel.

El viento le levanta un poco el pelo y muestra su frente ancha. Al fin, pregunta:

—¿Quieres ver colmenas?

—¡No! —digo—. Qué pesados sois en este pueblo con las abejas. Como si no hubiera otra cosa.

—También hay arañas —dice muy serio. Luego se ríe y baja la cabeza, avergonzado—. Es broma. Las abejas son muy importantes.

—¡Ya! —digo.

Y pienso que saldrá con el mismo rollo que el tío Abelardo. Que si polinizan las plantas, que si la mayoría de los vegetales que comemos existen gracias a ellas, que si no hubiera abejas muchas plantas no existirían y con ellas otros animales, que si patatín, que si patatán.

Ambrosio se embala.

—Las abejas son increíbles. Son capaces de prever cómo serán las estaciones y todas ellas parecen formar parte de una inteligencia superior que hace trabajar a las obreras para que la especie sobreviva pase lo que pase. Y sin embargo... —guarda silencio un instante y pienso que cuando habla de las abejas no tartamudea, ni se pone colorado. Eso me gusta —. Sin embargo, las abejas están desapareciendo —añade—. A veces encontramos las colmenas vacías. No hay cadáveres, simplemente han desaparecido.

—A lo mejor van todas al mismo lugar y hay una colmena gigantesca, enorme, en algún rincón del mundo y los millones, trillones de abejas se preparan para una invasión de la Tierra guiados por esa inteligencia superior —digo burlándome.

Él se encoge de hombros y comienza a caminar. No le ha gustado mi broma y yo me arrepiento. Le sigo. Rasta corre delante. Se abre camino entre las matas, desaparece y vuelve a aparecer. A veces ladra.

El sol va inclinándose en el cielo y se amarillea. Las sombras de los árboles hacen claroscuros en el camino. Huele a retama, a monte.

Ambrosio apura el paso. Parece enfadado. Yo corro para alcanzarlo y tropiezo y manoteo y me caigo.

De pronto siento un picotazo, como si con unas tenazas me estuvieran acalambrando la mano, retorciéndome la piel. Quemándola. Después nada. Y al rato un picor horrible.

—¡Ambrosio! —grito.

Él se da la vuelta y viene hacia mí. También Rasta se acerca y me husmea y arrima su nariz a mi cuello resoplando, me lame.

—¿Quieres parar? —le digo.

Ambrosio me mira. Está frente a mí, con las piernas abiertas y los brazos en jarras, entre curioso y enfadado.

—¡Me ha picado una abeja! —chillo—. ¡Mira!

Le muestro mi mano que se me ha hinchado un poco. Él saca una llave y me quita el aguijón y pasa su mano sobre la mía. De pronto me vienen a la cabeza Abelardo y Amelia cuando a él le picó una abeja en el cuello y se besaron. Me pongo colorada y me separo un poco de Ambrosio como si él fuera a intentar besarme. No lo hace, claro.

La mano hinchada me asusta.

—¿Y si soy alérgica como Amelia? —pregunto.

—De la primera picadura nadie se muere.

Creo que pretende hacer una broma pero no tiene gracia y se da cuenta.

—Anda, ven —dice, y él también parece ponerse triste.

Se le ha pasado el enfado.

Me ayuda a levantarme. Caminamos ahora más juntos, hacia el pueblo. La mano me escuece. Me entretengo sintiendo el brazo de Ambrosio pegado al mío y ese olor fuerte, dulce que desprende su ropa, tal vez su piel. En ocasiones, su brazo me rodea para ayudarme en un tramo más difícil, trabado por los matojos, y no me atrevo a mirarlo a la cara, pero me gusta esa presión que hace con su costado y que el antebrazo me envuelva.

Se ha levantado algo de viento y nos arrimamos más el uno al otro porque es un viento fresco que nos sopla los ojos y los achicamos y nos hace reír sin venir a cuento. A veces, agito la mano porque siento el dolor caliente hormiguearse, como extendiéndose bajo la piel. Cuando estamos alcanzando el pueblo, le pregunto.

—¿Cómo era Amelia?

Él se detiene y me mira. Sus ojos oscuros pasean por mi rostro como las abejas negras dentro del panal y siento que algo me aprieta el estómago.

—Siempre estaba de buen humor —dice.

Tan cerca que cierro los ojos.

—A lo mejor ahora también está de buen humor. No sabemos —digo yo, pero en voz muy baja y ronca a causa de la pena.

—Tenía un don para las abejas —añade Ambrosio—, a pesar de todo.

—Como tú —le digo.

—Pero se parece a ti —añade él y sonríe y siento que el estómago se me levanta solo.

Rasta ladra y echa a correr entre las casas del pueblo.

Cuando llegamos a la de Abelardo, mi mano no está tan inflamada. Le muestro a mi tío el pequeño montículo colorado que es la picadura sobre la hinchazón de la mano,

orgullosa, como si fuera una cicatriz de guerra.

—¿Qué te ha pasado? —pregunta Abelardo.

—Una venganza de las abejas —dice Ambrosio—, por descubrir su terrible plan de invadir el mundo.

Abelardo alza las cejas sin comprender nada.

Le saco la lengua a Ambrosio por su burla y él se marcha encogiéndose de hombros, con Rasta correteando a su lado.

A pesar de todo, aunque intente no hacerlo, sonrío.

13. La alegría de los buenos

Abelardo está sentado con los antebrazos apoyados sobre la mesa y amasa un poco de cera con los dedos. Desde aquí solo le veo el pelo gris y revuelto y el inicio de esa calva en el cogote. Está algo encorvado como siempre. Sus dedos grandes prensan con destreza la cera y me llega su olor, que es el olor de las abejas. La noche ha caído en los cristales y se reflejan las luces de la lámpara, su pantalla del mismo color que la cera, amarillenta, difuminada, casi traslúcida en la ventana. Allí, también está el reflejo de Abelardo. Ahora levanta los ojos y sonríe.

—Ven —me dice—, toma un poco, amásala.

Eso hago y siento la cera hundirse en mis dedos y esa pátina extrañamente suave que deja en las yemas.

Él hace una figura de insecto y se dedica a moldear las alas. Tiene el abdomen picudo y alargado y sospecho que está tallando una abeja.

—¿Cuándo os encontrasteis de nuevo? —pregunto.

No hace falta que le explique que me refiero a ellos, a Amelia y a él. Abelardo lo entiende y sonríe y su sonrisa llega de muy lejos.

—Tardamos mucho tiempo en volver a vernos. Pero al fin, nuestra pasión por las abejas nos juntó de nuevo.

Dice Abelardo que él tuvo muchas novias y que era un buen mozo, aquí donde me ves, añade, y se ríe. Su risa ilumina su rostro y pienso en Ambrosio.

Nunca se pudo olvidar de Amelia, claro. Incluso con el paso de los años fue una tarde a Valdecilla de Abantos con una novia que tuvo, a pesar de la promesa aquella. Caminaron por las calles y ella insistía en agarrarle de la mano y él la rehusaba o la soltaba al rato, haciéndose el distraído. Se sentaron en la plaza hexagonal a comer un helado. Debía de haber habido fiestas y habían colocado unas gradas de madera. Escalaron a lo alto para sentarse allí y su novia movía las piernas, que le colgaban y eran bonitas, torneadas, y hacían sombras diminutas, allá abajo, en la tierra de la plaza.

Dice Abelardo que él iba escudriñando cada rincón y que desde allí arriba vio aparecer a unas chicas y sintió que el corazón se le cambiaba de sitio, pero que ninguna era Amelia. El pueblo, salvo aquellas muchachas, que llenaron por un instante la mañana con sus voces alegres y chillonas, estaba vacío, con el sol planeando por las calles, y los tejados

ocres y las paredes ocres y el barro de los caminos también ocre, silenciados bajo aquel sol. En las junturas de las aceras había remolinos de papeles pisoteados y colillas, y se veía que eran restos de fiesta. Apenas había viento. Son lentos y tristes los pueblos en las mañanas de resaca, tras una noche de fiesta, dice Abelardo.

No regresó nunca más a Valdecilla de Abantos y de aquella novia no recuerda nada que no fuera esa mañana, la última que pasó con ella.

Abelardo estudió Derecho en Madrid. Se empeñaron sus padres.

—De apicultor uno no se gana bien la vida —decían.

Él estuvo de acuerdo, más por irse a Madrid que por estudiar leyes, que nunca le sedujeron.

—El problema de las leyes es que consideran casos generales. Y lo general no existe. Solo lo particular —dice Abelardo.

Yo me encojo de hombros y él no insiste, moldea la cera y yo le imito. Intento hacer un rostro. Es muy difícil. La prenso de nuevo y comienzo. Ahora hago un churro con la cera amasándola contra la mesa con la palma de la mano.

Abelardo me cuenta que cuando estaba en tercero de carrera, se enteró de que la universidad tenía un curso de abejas y decidió apuntarse. Vivía en un piso con un par de amigos, un piso grande y sucio, con la pila de la cocina siempre llena de cacharros y la nevera vacía.

El curso era por la tarde y Abelardo no sabe por qué en los días antes de su comienzo volvió a pensar en aquella chica, Amelia, y se preguntó qué habría sido de ella. Recordó el beso y el veneno de la abeja que le picó en el cuello.

No sabía todavía la cantidad de abejas que iban a picarle. Abelardo se ríe. De pronto, se queda callado y sus ojos parpadean como si quisiera quitarse algo, una mota, una piedrecita que se le hubiera metido dentro del globo y le escociera. Era el recuerdo.

El curso se daba en la facultad de Biología. El primer día llegaba tarde y corrió por aquellos pasillos todos iguales, llenos de muchachos con carpetas y tablones repletos de anuncios. Al fin encontró el aula, un aula pequeña, donde se impartía el curso sobre las abejas. Había solo una media docena de chicos sentados en los pupitres, con los codos apoyados en los reposabrazos y los cuerpos arrellanados en las sillas. Todos se giraron para verle. Había un hueco libre en primera fila, al lado de una chica morena, de cara alargada, con un pendiente en la nariz que le dedicó una sonrisa. Era guapa. Él también sonrió y puso cara de «vaya, llego un poco tarde» y los dos volvieron los rostros, aún sonrientes, a la profesora que estaba allí de espaldas y que acababa de darse la vuelta.

Entonces dice Abelardo que se le cayó la carpeta y se quedó aterrado, deslumbrado, porque allí frente a él, sobre la tarima, con el pelo dorado, cayéndole por delante de las

orejas, y los ojos terrosos, casi amarillos, estaba ella. Amelia. Había cambiado, claro, pero era ella. No, no era ella. Abelardo pestañeó e intentó fijarse en la mujer que les explicaba no sabe qué cosas de las abejas, con una voz dulce, zumbona y no era ella y sí era ella. Tenía el pelo cortado sobre los hombros y la cara más angulosa, no estaba tan delgada como la Amelia de entonces, pero aquellos ojos. Aquellos ojos eran Amelia.

—Bienvenido al grupo —dijo la profesora—. Nos acabamos de presentar contando nuestro interés por el curso.

Sonrió y entonces no le cupo la menor duda, aquella mujer era Amelia. Su Amelia y, aunque ella hablaba, él solo podía oír el sonido intermitente de la llamada de las reinas vírgenes, ese sonido que pocos han escuchado y que él lo había hecho por primera vez dentro de los ojos de ella.

—¡Abelardo, vamos!

Se quedó desconcertado. No sabía a qué se estaba refiriendo su Amelia con aquel «Vamos». Su compañera morena le dio un codazo y le dijo en voz baja: «Que te presentes, tío».

Abelardo acarició la yema de los dedos, nervioso, y carraspeó. Al fin dijo:

—Bueno, que me llamo Abelardo, estudio Derecho y mi interés por las abejas viene desde hace mucho tiempo. De hecho, el momento más bonito de mi vida fue el día que me picó una abeja en el cuello.

Todos se rieron, pero ella, Amelia, cerró un instante los ojos y levantó un poco la barbilla y sonrió como si hubiera encontrado un rayo de sol y quisiese disfrutar de aquel repentino calor que la invadía. Movía la cabeza como afirmando y él supo que lo había reconocido y que había vuelto a aquel instante, a aquella tarde, entre enebros y encinas.

Al abrirlos dijo: «Hay que tener cuidado con las picaduras de abejas si uno es alérgico».

—No me importaría nada que me picaran más veces —sonrió él.

—¿No echarás a correr ante las picaduras?

—En absoluto.

Todos seguían la conversación entre risas. Sin entender, dice Abelardo. Sin entender, repite, todo lo que se estaban diciendo ellos dos en aquel momento. La chica morena del pendiente en la nariz apoyó la mano en la mejilla y lo miró fijamente.

—En cualquier caso —dijo Amelia—, habrá que acercarse a las abejas con cuidado, sin ruidos estrepitosos ni colores fuertes. Sin colonias y sin mentiras. Es la única forma. Al fin y al cabo, cuando nos acercamos a las colmenas, es para robarles la miel.

—Comprendido —dijo Abelardo.

A la salida de la primera clase, la chica morena, Raquel se llamaba, Rac, decía ella

guiñando un ojo, le acompañó hasta la facultad de Derecho charlando sin cesar, pero él solo era capaz de contestar con monosílabos. Pensaba en Amelia, claro.

Pensaba en Amelia.

—No sabes, Elena, la dicha que sentí aquel día. Y los que vinieron después —dice Abelardo—. El amor, como dijo Platón, es la alegría de los buenos.

Sobre la mesa deja el trozo de cera amasado. Una abeja.

—Fíjate bien en esta abeja —dice Abelardo señalándome el trozo de cera—, es más grande que las obreras, no tiene aguijón y vive mucho más que obreras y zánganos. Vive entre tres y cinco años. ¿Quién crees que es?

Eso es fácil, sonrío.

Es la abeja reina.

—Sí —dice él—, esta es un abeja reina virgen a punto de auparse al cielo en su vuelo nupcial.

14. El vuelo nupcial

Dice Abelardo que todas las mañanas hordas de zánganos salen de las distintas colmenas y se reúnen en un lugar que ellos eligen nadie sabe por qué, disfrutando del sol del verano y las flores, en espera de la misión para la que han sido concebidos, que es fecundar a la reina. Yo sonrío y pienso que Abelardo se equivoca, que seguramente Ambrosio sí sabe por qué eligen ese lugar y que es capaz de encontrarlo, entre todos los lugares posibles del bosque.

La reina virgen, sigue contando Abelardo, la que ha sobrevivido al combate a muerte contra las otras reinas vírgenes, sale y entra varias veces de la colmena hasta memorizar el camino. Después emprende un vuelo alto, altísimo y el enjambre de machos, saliendo de su reposo diario, sigue en una única turba a la reina que emana el olor del amor. Algunos quedan rezagados, otros renuncian y solo los más fuertes son capaces de seguirla en el vuelo alto y redondo hasta que finalmente un zángano —o varios— la copula muriendo en pleno acto de amor.

A los dos días la reina fecundada comienza a poner huevos, es ella quien elige el sexo de los hijos, zángano u obrera, y ya no deja de poner huevos durante el resto de su vida. Ni siquiera duerme, solo a ratos descansa y es alimentada por el séquito de obreras.

Abelardo sonríe y lanza al techo el trocito de cera que es la reina virgen que él ha moldeado y los dos seguimos su vuelo por el aire amarilleado de la habitación hasta que Platón, el gato, salido de no sabemos dónde, salta hacia el pedazo de cera y se lo traga.

Abelardo y yo nos quedamos perplejos un instante antes de echarnos a reír. Platón bufa y escupe la abeja reina masticada, dándose golpecitos con la pata en la boca. Al fin maúlla y se larga humillado por la desagradable caza.

—¿Y qué pasa si la reina fecundada no regresa a la colmena? —pregunto yo—. ¿Si la caza un animal o le pasa algo?

—Entonces las obreras hacen reinas de emergencia cambiando la alimentación de algunas larvas. Una colmena sin reina está destinada a morir.

Abelardo se queda con los ojos fijos en sus dedos, enlazados sobre la mesa y en el aire se aquieta su última frase como una fatal e inevitable anunciación. Él está solo, sin su reina, y pienso que es triste que Amelia y Abelardo no hayan tenido hijos. Pongo mi mano sobre la suya y él sonríe. Entonces me habla de su vuelo nupcial.

El curso de la universidad tenía unas prácticas en un colmenar de la sierra. Podían ir y volver en el día, aunque él decidió quedarse en una pensión y ella, Amelia, que era la profesora, dormiría en la casa de los apicultores, que era una pareja mayor.

Todos se pusieron los trajes y abrieron las colmenas llenas del olor a propóleo y miel, con el incesante zumbar de las abejas y el humo de los palos tronchados de pino saliendo del ahumador. Cuando terminó la clase, Amelia se había quitado el protector de la cabeza y los guantes. Los chicos fueron hacia la furgoneta, en cambio Abelardo no se movió. Él también se quitó la máscara y se acercó furtivamente a Amelia, que aseguraba una colmena con el rostro al descubierto, sin inquietarse por las abejas. El murmullo de los insectos llenaba el aire y por momentos Abelardo sentía el silbido zumbón de alguno de ellos cerca de su oreja, como en altavoz. Apenas se escuchaban las voces apagadas de los compañeros que se desvestían cerca de la furgoneta a una buena distancia del colmenar.

—Amelia —la llamó Abelardo en un susurro.

Y todo ocurrió a cámara lenta, llevados por esos movimientos como ejecutados debajo del agua para no asustar a las abejas, tan pausados que Abelardo puede repetirlos en la memoria una y otra vez, deteniéndose en cada detalle, el mechón rizado que cae sobre el ojo derecho de Amelia donde van a enredarse sus pestañas al cerrar los párpados o la mancha de barro en el hombro derecho de su vestimenta. Ella se había dado la vuelta al oír su nombre y Abelardo, con una intensidad que le hacía daño de tanto mirarla, cerró los ojos y la besó en los labios como había hecho cinco años atrás. El mundo rotaba en la luz de sus párpados cerrados, perdían pie. No oían las abejas ni las voces de sus compañeros, ni supieron de las bromas que hacían, allá, en la furgoneta, a costa de ellos ni de la mirada triste de Rac, la chica del pendiente en la nariz, ante aquel beso. Al final, una abeja picó a Abelardo en el cuello y los dos se separaron. A pesar del dolor, dice Aberlardo, estaba feliz como un crío.

—Eres un imprudente —le regañó Amelia extrayéndole el aguijón.

—No me importa —dijo él—. No me importa. No me importa. Un beso, una picadura. Mil besos, mil picaduras. No me importa.

Y se reía.

Aquella noche Amelia fue a la pensión y comenzaron su particular vuelo nupcial. Dice Abelardo que creyó que iba a morir de amor como los zánganos, pero que a la mañana siguiente seguía vivo y feliz y Amelia estaba a su lado, con la mano extendida sobre las sábanas y aquel río de luz mojándole la mejilla derecha, los rizos revueltos y dorados.

Entonces ya sí se hicieron novios y no se volvieron a separar. Cuando terminaron los estudios vivieron una temporada en Madrid. Él intentando ganarse la vida en despachos de abogados y ella dando clases particulares y colaborando en la universidad en

investigaciones sobre abejas. Pero finalmente lo dejaron todo y vinieron a vivir a El Enebro, compraron abejas y comenzaron la etapa más feliz de sus vidas, como apicultores, hasta que ocurrió el picotazo que iniciaría su declive y la cólera de Dios o del espíritu de la colmena cayó sobre ellos.

—Como en el mito de Telepinu —dice Abelardo.

—¿Telepinu? —pregunto yo, extrañada por tal nombre.

—Telepinu, el dios de las cosechas y la fertilidad del pueblo hitita que se estableció en Anatolia hace más de tres mil quinientos años.

Me encogí de hombros. Ni siquiera sabía dónde estaba Anatolia, que es una península en la parte asiática de Turquía.

—¿Y qué tiene que ver Telepinu?

—Pues nada —se ríe Abelardo—, solo que nosotros no podíamos tener hijos, como si el dios de la fertilidad se hubiera dormido, y una abeja levantara la ira del dios.

Entonces Abelardo me cuenta lo de la diosa Hannahanna y la cólera de Telepinu.

15. El mito de Telepinu

Una mañana Telepinu, el dios de las cosechas y la fertilidad, se levantó encolerizado por alguna causa que el mundo olvidó, que tal vez hasta él mismo llegó a olvidar. Estaba tan enfadado que trató de ponerse el zapato izquierdo en el pie derecho y el zapato derecho en el pie izquierdo.

La niebla se apoderó de las ventanas, la leña se negó a prenderse. Las estepas se agostaron, los árboles envejecieron de golpe, los manantiales se secaron y ni las ovejas ni las vacas ni los hombres fueron capaces de procrear.

Telepinu huyó y se llevó con él todas las cosas buenas.

Su padre, el dios de la tempestad, lloró su ausencia, mesándose los largos cabellos blancos. Los dioses grandes y los dioses pequeños salieron en busca del hijo ausente, pero nadie lo encontró. Entonces Shamash, el dios del sol, que cada mañana sale con su carro de oro por el este y recorre el firmamento hasta alcanzar el oeste para refugiarse en su morada del mundo subterráneo, envió al águila veloz en busca de Telepinu.

—¡Registra los valles, registra los murmurantes abismos! —le ordenó.

El águila extendió sus alas y voló y planeó por el cielo escudriñando en las quebradas, en los desfiladeros, en las grandes extensiones de hierba mustia, pero en ningún lugar encontró a Telepinu.

Hannahanna, la abuela del mundo, viendo la aridez de la tierra y el agotamiento de los animales y de los hombres, le aprestó al dios de la tempestad:

—Ve tú mismo a buscar a tu hijo.

El padre de Telepinu corrió hacia la ciudad, llamó a las puertas, rompió los cerrojos, las ventanas, pero en ningún lugar halló a su hijo oculto a los ojos del mundo.

Entonces Hannahanna llamó a una pequeña abeja y le encomendó la misión de encontrar a Telepinu.

El dios de la tormenta se rio de ella.

—Si los dioses no han sido capaz de encontrarlo, ¿cómo lo hará un ser tan pequeño?

Hannahanna, ignorándole, habló de esta manera a la abeja:

—Búscalo y cuando lo halles, pícale, haz que salte. Frótale con cera los ojos y los pies y tráemelo.

La abeja zumbó sobre los prados, atisbó en los manantiales, en las llanuras y en las altas montañas. Voló por las estepas y examinó los caminos, los farallones, los mares. Con las alas desgastadas por el viaje y el cansancio nublándole los ojos compuestos y los ojos simples, siguió volando la pequeña abeja y llegó al bosque de Lihzina donde una figura tendida en el prado llamó su atención. Era Telepinu dormido. Siguiendo las instrucciones de Hannahanna, la abeja le picó las manos y los pies, le untó de cera los ojos y le purificó.

Telepinu, despertando bruscamente, gritó:

—¿Cómo osas arrancarme de mi sueño?

En contra de lo que había previsto Hannahanna, la picadura de la abeja, en lugar de apaciguarlo, renovó la cólera del dios de las cosechas y la fertilidad. Tanto se enfadó que detuvo las fuentes, desbordó riveras, arrasó tierras, destrozó ventanas, pueblos enteros e hizo perecer a hombres y animales. Sus ojos destellaban como dos tizones y las manos airadas levantaban huracanes de sequía.

Los dioses gritaban: ¿Qué haremos ahora? ¿Qué haremos ahora?

Entonces encomendaron a Kamrusepas, diosa de la magia y la curación, apaciguar a Telepinu y traerlo de regreso. Eligió doce carneros, cogió la muerte, sus mil ojos, preparó ungüentos y hierbas y el fuego de la cólera de Telepinu se fue apagando, como se apaga el fuego de las brasas con un chorro de agua.

Los hombres vinieron y le hicieron ofrendas. Sobre un palo tendieron un pedazo de lana de oveja que levantó el viento y Telepinu se fue serenando. Regresó a casa y cuidó de nuevo de su tierra. La niebla de las ventanas se disipó, en el hogar ardieron los leños, el ganado regresó a los establos y la fecundidad prodigó bosques y animales. Las mujeres parieron de nuevo y Telepinu atendió al rey y a la reina, proporcionándoles vida y vigor prolongados.

Así fue escrito hace tres mil quinientos años, en tiempos cercanos a los reinados de Arnuwanda I y Suppiluliuma I, reyes de los hititas, el pueblo de los mil dioses, establecido en Anatolia, también llamada por los europeos Asia Menor.

16. Agua

Abro los ojos y veo la luz flotando contra los altos techos. Borbotea la luz, navega como si fuera un vellón de niebla. Miro hacia la ventana de donde parte y el día lo inunda todo. Se oye un gallo. Me levanto de un salto y corro hacia la cocina, hacia el salón, hacia la habitación de Abelardo, pero él no está, ya se ha ido. Me ha dejado un pan y un zumo de naranja sobre la mesa de la cocina y me lo tomo mientras pienso en mi tío Abelardo. No sé exactamente qué es lo que siento, pero no es tristeza. No es solo tristeza. Cuando termino el desayuno, rebusco entre los libros hasta encontrar la fotografía de Amelia. Me la guardo y salgo a la calle. Es temprano. Un viento húmedo me sopla las mejillas. Inspiro con fuerza y el aire frío me inunda los pulmones y me hace sentir bien. A pesar de Amelia, a pesar de Abelardo, sonrío.

Decido ir a buscar a Ambrosio.

Calle de la Cruz, cuarta puerta.

Rasta está en la entrada de la casa, que es grande y de piedra, con una techumbre roja y altas ventanas también rojas. El perro se levanta al verme y ladra. Mueve la cola y yo lo saludo dándole una palmada en el lomo. Como llamado por Rasta aparece Ambrosio en la puerta. Está despeinado, la luz le deslumbra en los ojos y pestañea varias veces, antes de sonreír al verme. Vuelvo a quedar fascinada por esa sonrisa que es capaz de cambiar el rostro de Ambrosio, de inundarlo de un destello blanco. Un esplendor. En una de las ventanas la cortina se mueve y apenas acierto a vislumbrar la silueta de una anciana que el velo oculta de nuevo.

Ambrosio y yo nos quedamos mirándonos sin decir nada. Al fin, me doy cuenta de que no podemos seguir así y le digo:

—Voy a dar una vuelta por los campos, ¿vienes?

Él vuelve a sonreír. Se oyen unos mugidos lejanos y el gorjear de un pájaro. El sol cae sobre nuestras cabezas. Tarda en contestar y me impaciento.

—Claro —dice al fin—. Espera, que ahora vuelvo.

Entra en la casa y Rasta se pone nervioso, ladra. Una mosca zumba cerca de él y oigo el chasquido de los dientes del perro en el mismo momento en que Ambrosio sale con un morral y un palo largo. Rasta mastica y se relame.

—¡Vamos! —dice Ambrosio.

A pesar de que la idea del paseo ha sido mía, él dirige nuestros pasos. Salimos del

pueblo y enseguida nos adentramos en el encinar. Las sombras de los árboles forman enramados de luz por la tierra que nosotros vamos pisando. Crujen las retamas bajo nuestros pies. Intento sacar algún tema de conversación, pero Ambrosio es callado. Pienso que si le pregunto por las abejas se pondrá a hablar como un loco y no me da la gana.

—¿Cuántos años tienes? —le interrogo, deteniéndome y agarrándome las costillas para ayudarme a respirar.

Llevamos un buen ritmo.

Él también se para y Rasta, que nos mira con la cabeza inclinada como intentando descifrar nuestras intenciones.

—Dieciséis —dice.

Estamos bastante cerca y observo cómo su nariz me alcanza la frente. Si me pongo de puntillas nuestras bocas casi estarían a la misma altura. Me sonrojo con este pensamiento y me doy la vuelta y sigo caminando, hablando muy rápido de mi instituto. Me doy cuenta de que digo muchas tonterías que a él no le interesan, pero no consigo callarme. Intento cambiar de tema y le explico lo mucho que me gustó el pedazo de panal lleno de miel que me regaló el otro día. Las celdillas explotando contra mi paladar, tatatá, como caramelos carbonatados, inundándome la boca de miel. Entonces él parece escucharme atentamente.

Ahora el sol está muy alto y calienta y siento los labios secos. Me quito el jersey.

—Me muero de calor. Y de sed.

Ambrosio, muy despacio, como todo lo que hace, retira el morral de su espalda y saca una cantimplora que mueve y suenan ríos. Sonríe.

—De algo sirve ir preparado —dice.

Bebo y después le paso la cantimplora que vuelve a restañar su agua contra el aluminio. Tiene un sabor metálico y viejo esta agua, pero me alivia la sed.

Ahora es Ambrosio quien bebe sin limpiar la embocadura y veo el chorro cayendo por sus labios. El líquido transparente inunda su boca, la entreabre y desciende por sus labios y la nuez incipiente se mueve y bate en los pequeños tragos. Un hilo de agua se descuelga por la barbilla y se desliza a paso lento, casi zigzagueante, por el cuello, como un diminuto río que imantara mis labios. No sé por qué me azoro cuando él termina de beber y me descubre mirándole.

Siento que su mirada es muy intensa, como si me estuviera viendo por primera vez.

—Es allí —dice él al cabo de un rato, secándose la barbilla, y me señala una casa en ruinas que apenas se ve entre la maleza.

—¿Es allí qué? —pregunto.

—Donde tengo mi lugar.

Que Ambrosio vaya a compartir conmigo *su lugar* me gusta y también me altera y

vuelvo a decir tonterías, mientras persigo a Rasta y me doy cuenta de que tanta energía, tanto desorden desconciertan a Ambrosio.

Supongo que estará acostumbrado al silencio de los campos. A estar solo. Se lo digo y él mirándome a los ojos, se ríe:

—También estoy acostumbrado a las abejas —dice.

Entramos en la casa. Rasta parece saber dónde vamos y es el primero que entra, con el rabo alzado y resollando. Es una casa abandonada, sin techo. El cielo se mueve sobre nuestras cabezas y entre las junturas de los muros crecen las enredaderas. En una de las antiguas estancias, el tejado está mejor conservado, y se entreveran las tejas rojas con los pedazos de cielo. Hay un sillón viejo, de estampas floridas y apolilladas, con los muelles a punto de salir de sus entrañas.

—Siéntate —dice—. Puedes leer un poco. No tardo.

Ambrosio desaparece y ahora soy yo la que se queda desconcertada. Un viento pequeño se cuela por alguna abertura de los muros y suena como un silbido, un susurro de un espíritu invisible y pienso en quién habrá habitado esta casa, quién, hace ya tanto que tal vez nadie lo recuerde, compró este sofá ahora desvencijado donde me siento. Miro alrededor y, entre los claroscuros que imprime el sol en el suelo al atravesar el enrejado del techo, veo una montonera de libros, viejos, desordenados. Me levanto y los hojeo. La mayoría son novelas, entre ellos encuentro un libro de Platón: la alegoría de la cueva. Comienzo a leerlo, repantingada en el sofá, pero me aburre. Rasta se ha sentado a mis pies y juguetea con un palo.

El sol ha llegado a uno de los agujeros del techo y parece caer en chorro sobre mi rodilla. Me entretengo pasando la mano por su luz. Ambrosio tarda mucho en volver y ya no sé qué hacer. Saco la fotografía de Amelia y la contemplo. Me da la sensación de que me mira a través del papel, que me quiere decir algo. Tiene los labios entreabiertos en una media sonrisa. Sus ojos miran fijos a la cámara y se achican a causa de esa sonrisa.

Al fin oigo ruido y al rato aparece Ambrosio, como salido de la nada, con una expresión de orgullo que nunca le había visto. Viene colorado y se rasca el brazo derecho que sujeta algo.

—Toma —dice.

Se deja caer a mi lado en el sofá. Miro lo que me ofrece y me sorprendo. Es un trozo de panal, más pequeño que el del otro día, más perfecto también, con las celdas hexagonales repletas de ese color ambarino. Lo sitúo en el chorro de sol y contemplo su oro líquido.

—¿De dónde lo has sacado?

Él tarda en contestar. Nuestras rodillas se rozan.

—No se lo digas a tu tío.

—¿El qué?

—Que he robado un trozo de panal de una de sus colmenas.

—¿Pero lo has cogido así, sin protección ni nada?

Ahora Ambrosio se sube la manga de la camisa y me muestra el brazo con varios picotazos. Me quedo muda, no sé qué decir.

Él me anima a tomarlo, en silencio, señalando el trozo de panal.

Me meto un pedazo en la boca y lo aprieto. Cuando el paladar se llena de miel lo saco y se lo doy a Ambrosio para que él apure la miel del otro lado. Pero lo rechaza, así que me lo acabo yo. Después nos quedamos en silencio mirándonos y siento como si alguien me apretara el estómago. Él se ha aventurado a robar de una colmena solo por darme un trozo de panal a mí. Eso me agrada y me inquieta. Ahora Ambrosio mira el libro de Platón que he dejado abandonado en el suelo. Sonríe.

—Es un rollo —digo yo señalándolo—. ¡No me digas que te gusta Platón!

Él afirma.

Pienso que es como Abelardo, que le gustan las abejas y la filosofía y me pregunto si en el pueblo son todos así.

—Deberías leerlo.

—Y también ver una colmena, ¿no? —digo con retintín.

—Te sorprendería —dice él.

Entonces descubre la foto que he dejado junto a mis rodillas en el sofá. La toma y la contempla.

—Es Amelia —digo.

Él no dice nada y la mira muy concentrado.

—Esta foto debe de ser de hace quince años —digo—. Ella andaría por los cuarenta.

El ceño de Ambrosio se frunce al contemplarla. Ha cambiado de expresión, como si pensara algo muy hondo. Tal vez doloroso. De pronto alza las cejas y dice:

—Tu tía por esa época me transfirió su don.

—¿Qué?

—Su don con las abejas.

Miro a Ambrosio perpleja. Me río.

—Así que Amelia fue tu hada madrina que llegó hasta tu cuna para transferirte el don de las abejas.

Él se queda muy serio mirándome.

—Exactamente así fue.

—Qué tonto —digo, molesta.

—Es posible que entonces ya hubiera tomado la decisión —añade.

Nos quedamos en silencio pensando en Amelia con tristeza y siento la rodilla de Ambrosio contra la mía. Su presión cálida.

Oímos un ruido a lo lejos.

—¿Qué es eso? —pregunto para romper el silencio, sabiendo que es el motor de un coche.

—Debe de ser la furgoneta de tu tío. Lo vi antes, en el monte.

—Ojalá pudiera bajarnos hasta el pueblo. Estoy cansada.

—Podemos, pero hay que correr.

—¡Genial!

Me pongo de pie de golpe. Él me retiene y siento mi corazón golpearme como un mazo. Ambrosio me mira con el ceño fruncido, profundamente, como un animal que lo comprende todo de una manera oscura y que sin embargo ladea la cabeza, interrogante. Su mano se ha quedado prendida de mi brazo para impedir que salga corriendo. Al fin dice:

—No le digas nada del panal a tu tío.

Niego con la cabeza y él hace un gesto menudo, casi una sonrisa.

—¡Tonto el último! —digo y trato de soltarme para echar a correr, sin embargo él aprieta su brazo y me retiene de nuevo.

Rasta se enreda entre mis piernas y ladra.

Ahora Ambrosio me tira hacia él y noto su cuerpo que me invade. Estamos un rato así, tan próximos que soy capaz de escuchar los latidos de su corazón, pero no son los suyos, son los míos. Martillean, extendiéndose como una onda que me hace temblar levemente. No levanto la cabeza para no mirarle a los ojos y noto su barbilla rozándome la frente, el aire caliente de su aliento abriendo un hueco entre mis mechones. Si levanto la cara mis labios rozarían su barbilla, o más arriba, su boca. Me azoro. Siento que me arden las mejillas y notos sus labios rozando los mechones que se desordenan sobre mi frente. Entonces me suelta, corre unos pasos y se gira, riéndose. Todo el aire en mi rostro. Siento que mis mejillas palpitan, que me tiemblan las piernas. Rasta alcanza a Ambrosio y los veo correr encinar abajo. Él se da la vuelta, sin dejar de correr y me grita.

—¡Tonta la última!

Entonces siento toda esta rabia.

17. Propóleo

La furgoneta de Abelardo levanta polvo. Su ruido hace ladrar a Rasta. Ambrosio y yo y el perro vamos en la parte de atrás que es descubierta y el viento y el zumbido del coche nos envuelve. El encinar corre veloz ante nuestros ojos, se escapa a saltos por los laterales del camino.

Abelardo no pareció sorprenderse al encontrarnos al borde de la carretera haciendo aspavientos con los brazos. Detuvo el coche sonriente y nos indicó la parte de atrás.

—¡Hala, arriba! —dijo.

Me gusta este viento y este bosque veloz. La ropa se bate y se nos pega al cuerpo. Poco a poco me voy poniendo de buen humor. Abro la boca y me trago el viento y Ambrosio me mira y se ríe. Yo también me río. En un bache del camino nos desequilibramos y caemos uno sobre otro. Debo reconocer que me gusta caer encima de Ambrosio, que me gusta que sus brazos me envuelvan y me ayuden a levantarme y que nos riamos de nuevo a causa de este traqueteo de la furgoneta que nos hace entrechocar los hombros. Miro de reojo hacia la parte delantera. En el espejo retrovisor se entornan los párpados de Abelardo. Por un instante sus ojos se cruzan con los míos y se hacen más pequeños.

No tardamos en llegar a El Enebro y Ambrosio baja de la furgoneta y se queda un rato quieto mirándome.

—Vamos, Conde —dice al fin.

Rasta salta del coche. Abelardo se despide y arranca de nuevo la furgoneta hacia su casa. Ambrosio se queda parado en mitad del camino. Me mira y no sonríe. Pienso que cuando no sonríe es un poco feo. Nos alejamos. Al doblar una esquina lo pierdo, aunque en todo este tramo no hemos dejado de mirarnos. Él lo hace de esa manera intensa, extraña, entre ceñudo y absorto, y me repito que es feo Ambrosio cuando no sonríe, aunque su rostro conserva algo que me gusta. O que me inquieta. Perderlo de vista me alivia y sin embargo ya estoy pensando en la próxima vez que nos encontremos. No hablaré tanto, le pediré que me explique esa tontería del don que le transfirió Amelia, le diré...

—Elena, ¿quieres bajar de una vez?

Abelardo está frente a mí, en la calle, con las llaves del coche o de la casa en la mano y

sonríe socarronamente. Su cuerpo grande se encoge un poco y produce una sombra en el peldaño del porche. Entramos.

Yo sé que todo este silencio que hay en la casa le duele a Abelardo. Al traspasar el umbral se queda quieto como si esperara escuchar algún ruido, una frase de bienvenida. Dice Abelardo que como en los últimos años Amelia no subía a las colmenas, llegar a casa era para él una fiesta, pero que un día llegó antes y se la encontró llorando. Ahora el tío mira hacia todos lados de la estancia en penumbra y pienso que estos objetos, los libros, las figuras que reposan en las estanterías, los vasos, aquel jarrón, le deben de hablar de ella, de Amelia, y que contemplar su vida inanimada y perdurable tiene que entristecer a Abelardo.

—¿Vamos al cobertizo y me ayudas con el propóleo?

El propóleo, me explica el tío, es una sustancia que obtienen las abejas de las yemas de los árboles. En las colmenas lo procesan y lo convierten en un antiobiótico con el que cubren las paredes para evitar bacterias y hongos. Si un animal entra en la colmena y muere, lo embalsaman para que no se pudra y lo hacen con propóleo. La misma palabra *propóleo* indica su utilidad, viene del griego y significa «defensa de la ciudad». Aberlardo me cuenta que los antiguos egipcios utilizaban propóleo para embalsamar a los muertos y que hoy en día se utiliza por sus propiedades medicinales.

Vamos al cobertizo y Abelardo saca de unos congeladores unas planchas metálicas recubiertas de una sustancia marrón. Los apicultores introducen estas planchas en las colmenas para que las abejas las recubran de propóleo y las recolectan antes de que empiece la primavera. Las abejas necesitan el propóleo para el invierno.

—Ve llenando ese cubo de agua caliente —me pide.

—¿Por qué lo congelas? —pregunto yo.

—Para que sea más fácil extraerlo. Ahora lo metemos en agua caliente y separamos el propóleo de la cera y de las abejas y otros animales muertos que pueda haber.

Mientras sigo sus instrucciones y extraemos el propóleo, que es una sustancia que parece goma y que luego se torna granulosa y de color oscuro, Abelardo sigue contándome su historia. Habla despacio, con la voz grave y a ratos levanta la vista y se pierde por la puerta del cobertizo donde rebulle una luz de atardecer extrañamente limpia y amarilla.

Todo el cobertizo huele muy fuerte y es un aroma ligeramente ácido, ocre, como el color de los grumos que Abelardo va depositando en un frasco de cristal. Es un olor a abejas, pero más fuerte. Acaso más triste, más oscuro como las palabras de Abelardo.

Dice él que las cosas se fueron enfriando entre ellos, que el hecho de no poder tener hijos les entristeció a ambos, a Amelia y a él, pero que ella seguía sonriendo y que una

noche le pidió que iniciaran los trámites para adoptar a un niño. Abelardo no quiso.

—Qué importa —dijo ella—, si va a ser nuestro hijo igualmente.

—Yo quiero una Amelia pequeñita. O un Abelardo —dijo él.

Amelia no lo entendía, no había razones para su negativa si los dos querían un hijo y no llegaba. Cree Abelardo que Amelia tenía razón, que él había empezado a poner excusas porque notaba que algo los estaba separando. Que el amor no es una línea recta, me aclara, que el amor sube y baja y a veces, como entonces, se pierde en no se sabe qué oscuros hoyos de la vida cotidiana, de los problemas domésticos. Por aquel hoyo se perdió el amor de Abelardo y Amelia.

—No se perdió —dice ahora agitando la cabeza con gravedad mientras extrae la placa metálica del balde de agua caliente—. Simplemente se ocultó. O lo dejamos enterrarse, a pesar de que allá abajo seguía jadeando como un animal vivo y palpitante.

Tenía por entonces Abelardo un caso entre manos de un casero que quería demandar a su inquilino por impago, pues para ganar algún dinero extra seguía ejerciendo ocasionalmente de abogado. Viajó varias veces a Madrid a ver a aquel hombre que era pareja de Rac, la muchacha que había hecho el curso de apicultura en la universidad con él. Se habían hecho buenos amigos. Rac era opuesta en casi todo a Amelia. Tenía el pelo negro, muy corto entonces. Seguía llevando aquel pendiente en la nariz que la hacía extravagante y ropas juveniles, oscuras y modernas. Su cara ovalada recordaba a las muchachas de los cuadros de Modigliani, pero su rostro, con la edad, se había vuelto algo más anguloso, más agresivo que la dulzura de aquellos óleos y eso a Abelardo también le gustaba. Rac era profunda, reflexiva, melancólica y ocasionalmente divertida. Era una mujer inteligente que se había unido a aquel hombre mediocre, con dinero, que ostentaba un sello en el meñique y camisas abiertas hasta el pecho. Abelardo siempre se había preguntado por qué Rac había elegido a aquel hombre, Luis Daniel, más bien vulgar, chabacano incluso y sobre todo con un estilo tan diferente al de ella.

Cuando fue a ver al inquilino de Luis Daniel, Abelardo se quedó de piedra. Había llamado al timbre varias veces, impaciente, mirando el rellano despintado y viejo, las humedades de la esquina, el pomo oxidado de la puerta. Olía a moho, a antiguo, un olor que le recordaba el umbral penumbroso de las casa viejas de su pueblo. Era un cuarto sin ascensor y se encontraba sin resuello, apretando la carpeta de los papeles contra el abrigo negro. Volvió a llamar al timbre e inmediatamente los ruidos de la cerradura se dejaron oír. La puerta se abrió y ante él apareció un anciano, muy flaco, en bata, con el poco pelo blanco echado hacia atrás, sobre la calva, de una manera apresurada, como si acabara de acicalarse con el sonido de la puerta. No abrió del todo, dejó una apertura entre ellos que dibujó un trapecio de luz sobre el suelo del rellano, donde su sombra se estiraba. No

preguntó nada, simplemente levantó su barbilla en un gesto interrogante que movió la dentadura dentro de su boca.

—Buenas tardes —saludó Abelardo—. ¿Es usted don Manuel González? Soy el abogado de su casero.

El anciano sacudió la cabeza y cambió el rostro de manera casi imperceptible. Las cejas pobladas y blancas se curvaron levemente y un extremo de su boca se encogió con amargor. Dice Abelardo que había en todo él algo tan indefenso, como un chiquillo que encoge los hombros ante un injusto tribunal, que tuvo que apretar la carpeta contra su pecho para no salir huyendo; esa mueca desamparada y aquellos huesos frágiles, la bata desgastada por el uso, las zapatillas de zueco, con el fieltro marrón apolillado y la mano grande, nervuda, aferrada al canto de la puerta como si fuera su salvavidas. Todo eso.

—¿Sabe que don Luis Daniel le quiere poner un juicio si no paga? —dijo a duras penas, vencido ya por aquel anciano.

—Lo sé, lo sé. Pase.

Abrió la puerta y Abelardo entró en el piso, que era pequeño y humilde. Las mismas humedades del rellano se veían ahora en las junturas de los techos y las paredes. Una bombilla desnuda iluminaba el cuarto que hacía las veces de salón, con un sofá de cuero envejecido y ruinoso donde ambos se sentaron y una mesa pequeña. En la pared, la reproducción de un paisaje lacado en tonos brillantes y tristes.

Abelardo dejó la carpeta sobre las rodillas y no supo qué decir. El anciano se le adelantó

—Me han reducido la pensión —dijo.

Bajó los ojos y se quedó tan quieto que Abelardo tuvo miedo de que se hubiera muerto allí mismo. Él sacó los papeles y revolvió las hojas hasta encontrar la cuantía del piso. Tuvo que agitar la cabeza porque le pareció un exceso lo que pedía Luis Daniel por aquel piso de ridículas dimensiones, lleno de humedades y desarreglos.

—Hace seis meses que no paga —dijo.

—Lo sé, lo sé.

—Qué frío hace aquí. ¿No tiene calefacción?

—Se estropeó hace un año y el casero no quiere arreglarlo. Quiere que me vaya. Pero adónde voy a ir yo.

—¿Y esas humedades? —preguntó Abelardo.

—Vienen del techo. Cuando llueve se cuela el agua.

Sus ojos eran de un color extrañamente azul, como velados por una gasa blanquecina, y eran muy redondos, muy redondos y pequeños, humedecidos.

—¿Qué puede pasarme? —dijo al fin el anciano.

Dice Abelardo que entonces respiró muy fuerte, dejó la carpeta sobre la mesa haciendo ruido a propósito y que el ruido hizo pestañear a don Manuel, como si le hubiesen sacado de un sueño.

—Le diré lo que tiene que hacer. Tiene que demandar a su casero.

Las cejas pobladas del anciano se arquearon.

—¿Cómo?

—Sí, lo que ha oído. Debe usted demandar a su casero por todos los desarreglos del piso. Mire, si quiere yo le llevo el caso.

—Pero... ¿no es usted el abogado de...?

—Sí, sí, pero este precio es un abuso. Le ha subido el alquiler de manera desproporcionada en el último año y no le ha arreglado los desperfectos que corren de cuenta del casero.

—Pero yo no podré pagarle.

—No importa —dijo Abelardo cada vez más alto y más seguro de sí mismo—. No importa, yo le hago esto gratis.

Finalmente, se abrazaron en la puerta y don Manuel apretaba la boca con los ojos más húmedos todavía.

—No sé cómo agradecerle..., yo... ya me veía en la calle.

—No tiene importancia.

Aquella noche llamó a Rac para contarle lo sucedido. No sabía cómo enfrentarse a Luis Daniel. También llamó a Amelia y le dijo que se quedaba una noche más para arreglar aquellos asuntos. No iba a ganar dinero, no, pero al menos ayudaría a aquel anciano.

A Amelia le gustó su decisión.

—Me gusta que seas el Robin Hood de los abogados —dijo, la voz risueña—. Si ves a Rac dale un beso de mi parte. Confío en que convenzas a Luis Daniel y no tengas que llegar a enfrentarte a él. Al menos que esto no nos cueste dinero.

—Eso voy a hacer. Por eso me quedo esta noche.

Abelardo colgó el teléfono y se apresuró a ir al restaurante donde había quedado con Rac. Cuando la vio aparecer tan enérgica y reflexiva, sintió que de algún modo estaba perdiendo pie y ahí Abelardo comenzó sin darse cuenta a echarle tierra a aquel hoyo donde el animal de su amor se revolvía.

18. La ira de los dioses

Rac quedó tan sorprendida con la decisión de Abelardo que no supo qué decir. Jugueteaba con unas migas de pan. Al fin levantó los ojos que eran negros y profundos y que estaban rodeados de unas finas arrugas y dijo:

—Es un cabrón. Lo tiene merecido.

Abelardo alzó las cejas:

—¿Pero no es tu novio?

—Qué va a ser. Le he dejado.

Entonces sonrió y se llevó la copa de vino a los labios. Sin beber, le miró a través del cristal y del líquido rojo.

—Nunca se me ha dado bien esto de las parejas.

—¿Cómo estás?

Ella guardó silencio. Se acarició el pendiente de la nariz antes de decir:

—Me he ido de casa.

—Vente con nosotros, Rac. Al pueblo. Unos días. La separación es buena y allí te lo piensas.

—Siempre pensé que eras el tipo perfecto para emparejarse —dijo y sonrió con tristeza.

—Quién sabe lo que hubiera pasado si no hubiera estado Amelia...

—Si no hubiera estado Amelia... —repitió ella.

Al día siguiente regresaron juntos al pueblo. Dice Abelardo que Amelia se alegró mucho de verla y de que hubiera dejado a aquel tipo.

Por eso me dolió más, añade.

Rac subía a las colmenas con Abelardo y Amelia. Le gustaba aquel mundo que había conocido en el curso de apicultura de la universidad que también los había unido. Alguna mañana Amelia se quedaba en casa escribiendo. Había empezado a escribir un libro sobre las abejas y la tenía completamente absorbida.

—Escribir es... es terrible —decía—. Y sin embargo, liberador. Creo que ya no podré dejar de hacerlo.

Abelardo y Rac subieron en el todoterreno hasta las colmenas. Ella le ayudaba con el

ahumador y él abría las cajas y veía cuáles tenían cuadros repletos de miel. Ya habían cargado la furgoneta pero decidieron no bajar todavía, darían un paseo por el encinar. Hacía buen día, les apetecía estar juntos, hablar.

Amelia decidió ir a buscarlos dando un largo paseo. No se podía concentrar. Tal vez simplemente intuyó lo que estaba a punto de suceder. Dice Abelardo que Amelia era simple y alegre como las abejas y que al igual que ellas seguía los mandatos de aquel espíritu superior como si en ella también habitara una inteligencia colectiva que le explicara cada pequeño detalle cotidiano. Los silencios de Abelardo, las miradas de Rac.

Cuando llegó a las colmenas no los vio, pero comprobó que el todoterreno estaba aparcado y deambuló hasta el bosque sintiendo el aroma de las jaras y las encinas y los enebros. Entonces los vio. Estaban sentados sobre unos pedruscos y ella apoyaba la cabeza en el hombro de Abelardo. Es posible que entonces de sus ojos brotaran abejas porque Amelia sintió cómo las lágrimas caían por sus mejillas. Dio un paso atrás y chocó con un árbol. Hizo tanto ruido que los dos giraron la cabeza.

No había pasado nada. Todavía no. Pero Abelardo confiesa que deseaba que sucediera y también Rac y que, si ella no hubiera dado un paso hacia atrás, todo habría ocurrido. Pero entonces Amelia dio un manotazo y una abeja le picó en la mano.

Nunca antes le había picado una, por mucho que estuviera entre ellas. Por mucho que se descubriera el rostro y las manos y abriera las colmenas, jamás le había picado una abeja y, sin embargo, entonces el vientre palpitante de la abeja se hincaba en su piel y por el aguijón fluía la ponzoña del insecto. Ella se miró la mano más perpleja que dolorida y vio cómo se empezaba a hinchar.

Abelardo hace una pausa y mira con los ojos huidos y tristes el propóleo que introduce en frascos de vidrio de color ámbar.

—Esa fue la primera picadura —dice.

Volvieron los tres juntos, en silencio. Abelardo le aplicaba una pomada en la mano a Amelia, mientras Rac conducía el todoterreno. El aire silbaba, unido al motor del coche; se levantaba entre ellos, les apretaba tórrido y violento, con su olor a jaras y sus muchas manos. Ninguno lo sabía, pero el veneno de la abeja corría ya por la sangre de Amelia, generándole anticuerpos, que serían los causantes de su tragedia.

Incluso entonces, dice Abelardo, cuando llegaron a su casa, Amelia sonreía, aunque había un poso de tristeza en aquella sonrisa, en aquellos ojos dorados, Elena. Como los tuyos, añade Abelardo.

Ayudo a mi tío con los tarros y él se levanta ahora lento y grande y me indica una alacena del granero.

—El propóleo hay que guardarlo en un lugar seco, fresco y oscuro —dice.

Colocamos los tarros y entre el tintinar del vidrio y los ruidos de fuera se sucede el silencio. Es un silencio pesado, de corpachón ancho, como el del tío.

Sé que aún no me ha contado la parte más difícil, la más dura y no sé si quiero que lo haga. Tampoco él parece querer hacerlo. Salimos juntos del granero, a paso lento y el sol nos da de frente, nos ilumina y centellea.

—¿Qué tal con Ambrosio? ¿Ya te sorprende? —me pregunta de pronto el tío.

Me coge de sorpresa la pregunta y siento que me pongo roja.

—Dice tonterías, que Amelia le pasó el don de las abejas y cosas así —digo, al rato, levantando los hombros y dándole una patada a una piedra.

Abelardo se detiene, se rasca la cabeza y entonces, a pesar de toda su pena, se ríe.

Es más tarde, sentados al fresco, entre las macetas y el aire oloroso de la noche, cuando Abelardo continúa su relato. Sus ojos se pierden en las sombras, más allá de las casas, donde empieza el sotobosque, que es ahora una maraña negra. Viendo esa mirada honda de Abelardo y sus manos que reposan sobre las rodillas, mansas y a la vez inquietas, me doy cuenta de que necesita seguir contando su historia. Ponerle voz —palabras— a tanto dolor que le desgasta, como un enjambre que claudica, perdida su reina, sin esperanza de sucesión o sustituta, abocado a la muerte inevitable de toda la colmena.

La segunda picadura se produjo poco después. Rac se había marchado a Madrid y Abelardo la vio irse, apoyado en el quicio de esta misma puerta, dice él, señalando las jambas de madera y la piedra. Quizás porque también fue un amor imposible, Rac se le metió entre ceja y ceja. Ella sonrió con tristeza mientras se subía al coche y sacudió su mano. Abelardo se dio cuenta de que Rac lloraba cuando ella volvió la vista tras el cristal. La luz destelló cegando la imagen un momento y al instante la penumbra ocupó el vidrio y mostró su rostro, los ojos irritados, las mejillas húmedas y el coche yéndose. Un rayo de luz contra el capó. El polvo del camino. La vibración del motor en el aire cuando ya no quedaba nada.

Abelardo se volvió impaciente con Amelia, irritable. Ella le miraba con sus ojos de oro, más opacos ahora, del color del propóleo, unos ojos que lo habrían curado todo, pero que, por aquellos días, él evitaba.

Amelia hacía como si nada ocurriera, se enfrascaba en su libro, canturreaba, pero aquellos ojos...

Una tarde discutieron. Abelardo dice que ni siquiera recuerda el motivo, que él, entonces, buscaba excusas para enfrentarse a Amelia y que ella, con su sabiduría de abeja, con aquel saber de las cosas sencillas, le dijo:

—Será mejor que vayas con ella.

No hizo falta que pronunciara su nombre. Amelia se montó en la bicicleta y le lanzó las

llaves del todoterreno.

—Ve, es lo mejor —dijo—. Yo me subo a las colmenas.

Dice Abelardo que Amelia se fue pensando que a su vuelta ya no le encontraría y que la vio pedalear contra el viento —contra todo— y que sus mechones dorados se levantaban en el aire, como hilos y que esos hilos se enredaban en su corazón y lo apretaban.

Abelardo subió al todoterreno y arrancó en dirección a Madrid. Hacía sol, los campos estaban amarilleados como el cabello de Amelia, y los tejados rojos y los caminos empedrados y aquella tintura de las hierbas secas eran Amelia. Todo era Amelia. Pero Rac estaba al final de su camino y aceleró. Trató de imaginar sus dedos de apicultor sobre la mejilla de Raquel, sobre su pendiente de la nariz, sobre aquellos labios como trazados por el pincel de un artista, siempre heridos, siempre entreabiertos, expectantes.

Cuando llegó a las colmenas, Amelia no se puso el traje de apicultor y se dejó envolver por el enjambre. Cerró los ojos. El sol le daba en el rostro y el zumbido incesante de los insectos llenaba sus oídos. Luz en los párpados cerrados y abejas. Su ruido. Aquel ruido apaciguaba su corazón. Pero entonces, en medio de aquella caléndula de los párpados, en medio de aquel sonido perturbador y monótono, la imagen de Rac y Abelardo se le apareció y lo llenó todo. De manera automática su cuerpo reaccionó tensándose y abrió los ojos al tiempo que sentía la segunda picadura de una abeja. En el brazo.

Enseguida supo que algo no andaba bien. Los labios se le acartonaron, se le espesó la saliva y le costaba respirar como si alguien le estuviera apretando la glotis.

Sentía que su cuerpo se hinchaba y que su cabeza latía y la lengua era un trozo de madera. Rígida, enorme. Pensó que lo primero era alejarse de los panales. Que si le picaba otra abeja no sobreviviría. Caminó, pero le pesaban las piernas, no le llegaba el aire, tan solo ese hilo, ese exiguo y débil hilo de aire que se desvanecía en la garganta hinchada, palpitante. A la altura de la bicicleta, se desplomó.

Abelardo cambió de marcha, deslizó el coche por la curva cerrada y siguió pensando en Rac, qué le diría. De nuevo imaginó su mano sobre el hombro blanco y redondo de ella y entonces, al deslizarlo hacia la nuca y mirar el rostro de la mujer que le esperaba al final del camino, en Madrid, vio los ojos de Amelia. Los dorados y dulces ojos de Amelia, como los panales, ojos líquidos, de sol. Y vio las abejas.

Fue entonces cuando detuvo el coche y decidió dar la vuelta.

19. La reflexión de los sabios

Abelardo fue directo a las colmenas y allí se encontró a Amelia, tendida, hinchada, sin apenas aire. Como un loco la subió al todoterreno y condujo hasta el hospital más cercano, a una buena media hora, llorando y suplicando por que no se muriese.

—¡Yo te quiero! —gritaba.

Eso gritaba, dice Abelardo, porque comprendió que era cierto, que a Amelia la quería sobre todas las cosas y era terrible que muriese para comprenderlo.

—Pero no murió —protesto yo.

—No —dice Abelardo.

Sonríe y sus ojos de viejo se iluminan y yo no sé qué tienen las sonrisas.

Un viento fresco nos sopla los rostros.

—Entonces todo volvió a ser como antes —digo, anhelando prolongar una felicidad que la vida, yo lo sabía, había acabado por arrebatarles.

—Como antes no —me aclara Abelardo—, porque desde que descubrimos que Amelia era alérgica no pudo volver a las colmenas. Con lo que le gustaban las abejas. Pero entre nosotros sí. O mejor. El amor se transformó en algo sólido que percibíamos en cada gesto, en ríos subterráneos, corrientes que iban del uno al otro y que nos unían. Ya no era la ansiedad juvenil, no era el deseo improrrogable, era el descanso de su mano en mi mano, la complicidad de las miradas. Era, al fin, la reflexión de los sabios.

—¿Y Rac?

—Siguió siendo una buena amiga.

—¿Y ahora?

—¿Ahora qué?

—Bueno, ahora Rac y tú..., quiero decir, ahora que Amelia...

Pero enseguida me arrepiento de mi osadía y me callo. Abelardo, sin embargo, me da una colleja y se ríe.

—Pues ahora nada —dice—. Aquella atracción sucedió hace mucho y fue pasajera. Además, yo siento que Amelia sigue estando aquí, conmigo.

Platón, que está enroscado en el quicio de la ventana, levanta los ojos en la noche, como atisbando algo que nosotros no alcanzamos a ver. Un aire con olor a colmenas me

recorre la nuca, como si en verdad el fantasma de Amelia estuviera allí con nosotros y me estremezco. Deseo dar una vuelta por el pueblo, pero no me levanto. Abelardo se ha quedado inmóvil, con los ojos perdidos y los restos de aquella risa en los labios. Siento su olor y su corpachón a mi lado, como un gigante bondadoso. Es su presencia la que me retiene. Entonces, entre las sombras de los enebros y los tejados se forma una figura que avanza hacia nosotros.

Es Ambrosio.

Un relámpago me atraviesa el estómago cuando lo reconozco.

—¿Quieres dar un paseo? —me dice, después de saludar a Abelardo.

Miro a mi tío y él sonríe y señala el camino con la barbilla.

—Anda, ve. Te vendrá bien después de tanta charla de viejo.

Maquinalmente me echo la melena detrás de los hombros y me levanto. Descubro a Rasta que está al final del camino y ahora viene a saludarme. Platón, desde la ventana, achica los ojos y suelta un bufido flojo, perezoso. Abelardo nos observa y sonríe. Quiero huir de esa sonrisa, dejar de estar a la vista del tío y aprieto el paso. Ambrosio me imita, seguido de Rasta.

—Hace buena noche —digo por decir y pienso que estoy mejor callada.

Ambrosio camina en silencio. Se detiene cerca de la fuente que hay en una pequeña plaza. Un álamo viejo y oloroso cubre su piedra, preside la explanada de gravilla. Él se detiene y se acerca al árbol. De pronto, lo abraza. Yo veo sus párpados gruesos cerrados y la sombra de sus pestañas y la mejilla contra la corteza rugosa. Me sonrojo. Me gusta y también me parece ridículo. Pienso que si lo vieran mis amigos de Madrid se reirían de él y me alegro de que estén lejos. Me dice:

—Anda, ven, abrázalo. ¿No te gusta abrazar a los árboles?

—¡Qué tontería! —exclamo.

—No es ninguna tontería —dice él—. Prueba. Sentirás el corazón del árbol.

—Anda ya —digo y me río como una tonta.

Entonces Ambrosio se acerca a mí y me empuja hacia el árbol.

—Venga, Elena, no seas boba. No sabes lo que te pierdes.

Forcejeamos, pero de mentira. Nos reímos. Rasta ladra y salta a nuestro lado. De pronto siento el cuerpo de Ambrosio pegado a mi espalda, su calor. Me aprieta contra el árbol y me levanta las manos obligándome a que rodee con ellas el tronco del álamo viejo. Noto en mis palmas su dureza, áspera y estriada, su solidez de árbol y en el envés, las manos calientes y fuertes de Ambrosio. Mi mejilla se pega contra la corteza y percibo demasiado cerca el rostro de Ambrosio, su aliento deslizándose en el oído. Alborotándolo.

—¡Pon, pon, pon! —susurra él y cada sílaba es una bocanada de aire caliente.

Me revuelvo confusa, atolondrada, y salgo del abrazo de Ambrosio y del árbol. Estoy acalorada. Nerviosa, como si cientos de abejas se agitasen en mis venas. Trato de calmarme alisándome la ropa y riéndome a carcajadas.

—¡Qué idiota! —digo casi a gritos y le imito—. *Pon, pon, pon*. ¡Tú lo que querías es abrazarme!

Entonces él se queda muy serio y me mira de esa manera tan intensa.

—Sí, eso quería —dice en voz baja.

Y vuelvo a ponerme tan nerviosa que comienzo a hablar a toda prisa.

—Pues yo lo que quiero es dar un paseo y ver las estrellas. Aquí en El Enebro se ven muchas estrellas. En Madrid no hay manera, con tanta luz de las farolas y de los edificios. Los cielos son anaranjados, como artificiales, nada que ver con estos... Al menos en Madrid casi no hay abejas. A ti seguro que eso no te gusta.

Y mientras hablo camino deprisa por los callejones del pueblo, en penumbra. Escucho el paso de Ambrosio a mis espaldas y el trote de Rasta.

Me detengo en una cuesta y miro hacia arriba. Ciertamente el cielo es una cinta negra repleta de estrellas, movediza. Ambrosio se pone a mi altura y me mira. Sigo caminando hasta lo alto. Allí, hay un muro blanco que fosforece y me detengo, asomándome al campo oscuro y al horizonte de enebros y encinas que se confunde con la negrura del cielo.

Las estrellas.

Ambrosio hinca los codos en el muro a mi lado y dice:

—Perdona por lo de antes.

Tengo que reconocer que Ambrosio me gusta. Y que abrazar el árbol también me ha gustado. Y sentir su cuerpo rodeando el mío. Pero no se lo digo y me hago un poco la enfadada. Luego le pido que me cuente lo de la transmisión de poderes y del hada madrina que dice que fue Amelia para él.

Ambrosio acepta, moviendo la cabeza despacio. De un salto se sienta sobre el muro blanco. Yo hago lo mismo. Nuestros hombros están muy juntos. Rasta se sienta en el suelo y saca la lengua respirando entrecortadamente. Alza las orejas como dispuesto él también a escuchar la historia.

—Ocurrió meses después de que yo naciera —dice Abelardo—. No en la casa que conoces, en otra más vieja, en las afueras de El Enebro. La casa de mi abuela Paquita. Era finales de verano, y me habían dejado en el jardín en una cuna, bajo un tilo. La abuela Paquita estaba dentro, con mi madre haciendo la comida o la casa o lo que fuera. Entonces oyeron un zumbido, un sonido terrible y vibrante y la abuela levantó los visillos de la cocina. A mi madre se le escapó un grito. Allá afuera tratando de posarse en el tilo, justo encima de mi cuna, había un manto dorado, que por los bordes se deshilachaba en abejas y

llenaban el patio. Cientos de miles de abejas, la mayoría agrupadas en aquel enorme racimo, aferrándose a una rama del tilo sobre la cuna. Una enjambrazón.

Ambrosio hace una pausa.

—¿Sabes lo que es una enjambrazón?

—Pues claro —digo.

—Mi madre llamó por teléfono a Abelardo para que viniera a ayudarla. No se atrevía a salir y solo lloraba. No estaba Abelardo, pero Amelia le dijo que no se preocupara que ella lo arreglaba. No tardó en aparecer Amelia. Fue despacio hacia la cuna y se asomó, rodeada del zumbido y el aire vibrante que levantaban los insectos. Dice mi madre que por toda la cuna había abejas. Incluso sobre mis labios había abejas posadas. Amelia alzó el brazo hacia el racimo de abejas. Ellas se posaron en su mano y Amelia se fue con el enjambre fuera del jardín. Todas las abejas la siguieron.

—No puede ser —digo yo—. Eso es imposible.

Entonces Abelardo se ríe. Encoge los hombros y dice:

—Pues no te lo creas.

Después se pone serio.

—¿Pero sabes lo más sorprendente de todo?

Sus ojos fijos en mí, las pupilas brillantes como dos luceros.

Niego con la cabeza. No sé si lo que me está contando es cierto o no, así que no digo nada, pero trato de poner cara de incredulidad. Alzo las cejas y levanto la barbilla hacia este cielo tan limpio y oscuro, repleto de estrellas, como enjambres.

—Lo más sorprendente es que por entonces Amelia sabía que era alérgica, que si una única abeja le hubiese picado habría muerto allí mismo. Tenía prohibido subir a las colmenas y andar en bicicleta y en moto y a caballo y, cuando estaba al aire libre iba siempre con una jeringuilla de adrenalina autoinyectable en el bolsillo. Y, sin embargo, tuvo el valor de meterse entre el enjambre de abejas para salvarme la vida. Así era Amelia.

Tragué saliva y cerré la boca que se me había quedado abierta.

—Pero eso no puede ser. Le habrían picado y se habría muerto. Nadie agarra un enjambre como si fuera un globo de feria y se va tan campante —insisto.

Ambrosio echa la cabeza hacia atrás y mira el cielo. El aire que nos llega es fresco y limpio, huele a hierba nocturna. Rasta se levanta y juguetea con unas matas, como aburrido por la historia. Entonces Ambrosio, tras este silencio largo que me incomoda hasta irritarme, vuelve sus ojos hacia mí y me quedo atrapada en ellos.

—Puede que no haya sido exactamente así. Pero te voy a decir una cosa, y esto es absolutamente cierto. Puedes creerlo o no. Yo tenía meses, aún no había cumplido el año y sin embargo recuerdo aquel día.

Voy a protestar porque esto tampoco me lo trago, pero me quedo a medias, intimidada por los ojos de Ambrosio, tan sinceros, titilantes en las sombras de la noche.

—Esto jamás se lo he contado a nadie.

Su voz se ha vuelto firme y a la vez susurrante. Parece otro Ambrosio.

Yo cierro la boca y escucho con atención, halagada por ser su única confidente, aunque dispuesta a no creerme una palabra.

—Recuerdo el sol, el calor y la sensación de protección y confort arropado en la cuna. Recuerdo el sonido de las abejas y el cosquilleo en los labios. El olor a miel. Entonces abrí los ojos y la vi a ella. A Amelia. Sus rizos rubios, sus ojos dorados, fijos en mí, mirándome con dulzura y su sonrisa. Recuerdo esa imagen perfectamente. Nada más. No tengo ningún otro recuerdo hasta los dos años que me caí de un columpio. Sé que fue entonces cuando Amelia me transfirió sus poderes, su don con las abejas. Dirás que es una tontería y que es imposible. Que pudo haber sido un recuerdo de otro momento, o que me lo he inventado de tanto escuchar el relato de aquella tarde. Puede ser, pero recuerdo las abejas, a Amelia rodeada de abejas y yo era muy niño y estaba en la cuna y ahora como Amelia yo tengo un don para las abejas. ¿Cómo es eso posible, Elena? Te juro que lo recuerdo.

No sé qué decir, aunque está claro que es un recuerdo inventado. Él me mira con los ojos estremecidos, redondos, completamente francos y tristes. Siento ganas de abrazarlo, pero estoy rígida. Nuestros rostros están a apenas a unos centímetros y él me mira a los ojos y yo me veo en los suyos. Todo desaparece.

Entonces Rasta ladra, me muerde los zapatos y lo estropea todo.

20. Lenguajes

De todos los lenguajes de la naturaleza el más complejo es el del hombre y el más asombroso el de las abejas. Abelardo dice que entre las muchas diferencias con que nos comunicamos, la más importante es que las abejas jamás mienten. Ellas realizan sus danzas, sus movimientos en forma de ocho, agitan las alas y hacen palpitar su abdomen, mientras el resto de abejas las tocan con sus antenas. De este modo transmiten con precisión dónde están los campos de flores, el néctar jugoso que transportan en sus buches y el polen.

—Imagínate que a una abeja le da por engañar y señala otra dirección —dice Abelardo, jovial—. Y entonces van las abejas recolectoras para allí y no hay flores. ¡Menudo chasco! Eso solo lo hacen los hombres. ¿De qué les valdría a las abejas? Ellas saben que la riqueza de una es la riqueza de todas, pues de su trabajo en equipo depende su supervivencia.

—Ya, pero no solo se miente para engañar —digo yo por llevarle la contraria.

—¿Ah, no?

—No, también se miente para soñar, para fantasear. A veces se miente sin poder evitarlo.

Abelardo me mira muy interesado. Yo me embalo.

—Imagínate a una abeja describiéndoles a las demás campos de flores que no existen, mieles y riquezas. Exagerando las extensiones de brotes que ha visto o fantaseando con las hierbas perfumadas y los campos dorados y las exóticas flores que crecen detrás de las montañas, donde ninguna ha llegado.

Puede que piense en Ambrosio y en su relato de Amelia con la enjambrazón que se lleva del tilo como un paraguas abierto cuando añado:

—A veces es todo mucho más bonito cuando inventamos un poco.

Entonces Abelardo me mira sorprendido y afirma con la cabeza. Suelta una risotada complacido y dice:

—Pues sí que estas hecha tú una filósofa. Y una poeta.

Con un poco de malicia me pregunta:

—¿Y cómo estás de hambre?

—Floja —digo y siento rebullir mi estómago, como en los últimos días.

—Poeta y enamorada —dice Abelardo, burlón.

Entonces yo me enfado y le tiro un cojín y Platón maúlla, como satisfecho con la predicción del otro Platón, del de verdad, del sabio.

—Es una broma —trata de disculparse Abelardo, entre risas.

Lleva puesto un mandil y está haciendo la comida.

Quiero preguntarle por lo que me contó Ambrosio de Amelia pero ahora no pienso hacerlo. No quiero hablar de Ambrosio, me niego. Al rato, acabo haciéndolo.

—Dice Ambrosio que Amelia le salvó de un enjambre de abejas cuando tenía meses. ¿Es eso cierto?

Abelardo deja de revolver las legumbres y se vuelve hacia mí, con las cejas levantadas, blancas como celajes.

—Más o menos —dice—. Al parecer llegó una enjambrazón al patio de la abuela donde le habían dejado en su cuna, bajo un sauce.

—Un tilo —digo.

—La enjambrazón quería anidar en el sauce y me llamaron para que fuera a rescatar al niño —continúa sin hacerme caso—. Yo no estaba así que Amelia lo arregló todo. Llamó a unos colegas y fueron para allá. Jacobo y Manuel, los del molino, los conoces. Ellos se pusieron los trajes de apicultores y llevaron una caja con un cebo de feromonas, esos productos químicos que emanan las abejas para modificar sus comportamientos. Le echaron un velo a la cuna y devolvieron al niño sin una picadura.

—¿Y Amelia?, ¿no estaba?

—Amelia era alérgica a las abejas, Elena.

—Pues Ambrosio asegura que estaba y que fue ella quien le salvó de las abejas.

Abelardo se limpió las manos en el delantal y después me señaló con la cuchara de madera.

—Eso sería muy de Amelia, pero no fue así. Anda, pon la mesa —me pide.

—Ambrosio dice que la recuerda, mira que es bobo, si apenas tenía un año —digo yo ahora haciendo mohínes, mientras saco los platos.

—Pues te voy a decir una cosa: ese niño es como las abejas. No miente nunca —asegura Ambrosio, arrugando la frente como hablando consigo mismo.

—Pero si tú has dicho que Amelia no estaba. Si hubiera estado y le pica una abeja, habría muerto —protesto.

La loza de la vajilla suena cuando la pongo sobre la mesa. Sin querer doy un golpe muy fuerte con un plato contra la madera.

—Puede que se lo crea él mismo. O que a mí me contaran otra historia para no preocuparme.

Abelardo deja la olla sobre la mesa y yo me entretengo viendo el humo doblarse, hacer sus contoneos sobre la luz tamizada de la cocina, pero no pienso en lo que ven mis ojos. Estoy enfrascada en tratar de entender por qué Abelardo, de buenas a primeras, concede que es posible que Amelia estuviera entre las abejas hace dieciséis años para rescatar a Ambrosio.

—¿Y no podemos saberlo? ¿No puedes llamar a la madre de Ambrosio y preguntarle qué pasó realmente? —pregunto, irritada.

Abelardo me mira y comienza a servir los platos. Se le ha puesto esa mirada que pone cuando habla de Amelia.

—Y eso qué importa ahora —dice Aberlardo—. Lo que importa es que ella habría estado dispuesta a hacerlo y no lo que sucedió realmente.

Yo no estoy de acuerdo, aunque lo dejo hablar mientras como las legumbres pensando en Ambrosio. Trato de situarlo en Madrid, en mi instituto, con mis amigos, y lo veo algo ridículo, desencajado, y eso me gusta y no me gusta. Ambrosio para mí es también un misterio: sencillo y rústico, y de la misma manera que Amelia, a un tiempo, enigmático. Al recordar la otra noche, juntos, sobre el muro, se me encoje el estómago y no me apetece seguir comiendo. Aprieto los labios para que no se me forme una sonrisa y apoyo la mejilla en la mano mirando a Abelardo que insiste en su vida simple con Amelia.

—¿Me estás oyendo, Elena? ¡Eh, eh, que estoy aquí!

Abelardo golpea el plato con la cuchara y el tintineo cristalino rebota en la mesa y vibra, me sobresalta.

—Claro, digo.

—Entonces la has leído, ¿sí o no?

Pestañeo y sacudo la cabeza sin decir que sí ni que no. Abelardo se ríe de mí y yo me enojo. Luego se levanta y saca algunos libros de la estantería. Son libros infantiles con portadas alegres. Cuatro o cinco. Los desparrama sobre la mesa y yo les echo un vistazo y descubro que la autora es Amelia.

—Empezó a escribir literatura para niños después del aborto —dice Abelardo—. Porque al final se quedó embarazada, aunque perdió al niño. Lo perdimos. Ella había empezado a escribir antes y, sin las colmenas y sin el niño, se encerró en sus libretas. Todo lo que escribía se lo dedicaba a ella, a Amalia, como habría llamado a la niña, porque era una niña: Amalia, aquella que es tierna, débil. Eso significa Amalia y eso era ella: débil, por eso no nació.

Abelardo me mira y yo observo sus arrugas alrededor de los ojos y la boca grande y la barba blanca de dos días, punteándole el mentón. Es viejo Abelardo, pienso. Él añade:

—Esas dos cosas fueron las únicas tristezas de Amelia: la niña y las abejas. Anda, léete alguno, te gustarán.

—¡Pero si son para niños! —protesto.

Abelardo me mira como si fuera a darme una colleja, pero no lo hace. Se levanta y comienza a freír la carne.

Me cuenta entonces que todo ocurrió durante un viaje, al norte, a Aurora, esa ciudad marítima en cuesta, que tiene una fortificación en ruinas y un faro y un barrio de pescadores. De camino, Amelia insistió en detenerse en la pequeña localidad de San Juan de Ortega, donde está el monasterio, construido por Juan de Quintanaortuño, que no es otro que Juan de Ortega. Fue este religioso un hombre que allanó caminos entre los

zarzales y las ortigas, que construyó puentes y levantó un hospital y aquella iglesia. El monasterio recibe ahora su nombre y en él San Juan de Ortega está sepultado. Ocurre en este monasterio, me informa Abelardo, un milagro, que Juan de Ortega hizo realidad con su ingenio de arquitecto y de astrónomo. Durante los equinoccios de primavera y otoño, alrededor de las cinco de la tarde, hora solar, un rayo de luz poniente atraviesa el aire místico de la iglesia y durante ocho minutos ilumina las imágenes, esculpidas sobre un capitel de piedra, de la Anunciación, cuando el ángel le dice a la virgen María que tendrá un niño. Por este motivo, San Juan de Ortega siempre fue una iglesia popular entre las mujeres que deseaban quedarse embarazadas.

Amelia, que conocía la historia, le rogó que se detuvieran y visitaron el templo. Anduvieron por los alrededores, entre robles y pinos, al pie de la sierra donde comienza el páramo. El aire era boscoso y silvestre e iban del brazo como dos enamorados. La parada fue corta pero intensa. En la iglesia se dieron muy fuerte la mano y la luz cenital y el aire casi sólido, silencioso y perfumado de la iglesia se les metió muy dentro. Amelia aseguró haber visto una abeja blanca.

Fue después en Aurora donde concibieron a Amalia.

Era septiembre y hacía viento. El aire marino traía gaviotas y ráfagas de salitre. Se habían hospedado cerca del puerto. La habitación tenía una pequeña ventana que asomaba directamente al embarcadero y los cascos de colores de las pesqueras se mecían en el alféizar. Al menos esa impresión les daba a Abelardo y a Amelia, que se sentaron en la cama humilde y húmeda y se sintieron dos críos, recordando su primera vez en el hostal donde Abelardo se alojó durante aquel curso de apicultura que unió definitivamente sus vidas. Amelia tenía cuarenta y tantos y, sin embargo, aquella noche se quedó embarazada.

—¡A la vejez viruelas! —dice Abelardo, sonriente.

Y entonces su vista se pierde más allá de la pared y se pone serio de golpe, triste.

—Fue la abeja blanca —dice entonces haciendo un gesto con su mano grande, como si soltara un pájaro, y sus ojos siguen el vuelo invisible de aquel pájaro, de aquella abeja—. El espíritu de Amalia.

Y me cuenta lo de la reina Isabel y la leyenda de la iglesia de San Juan de Ortega.

21. El milagro de las abejas blancas

El séquito de la reina dejó atrás los páramos castellanos, sus llanuras con las colmenas en reposo y los frutos tardíos, para ascender por las sierras ibéricas. La reina observó los setos en los ribazos al borde del camino y más atrás, los bosques húmedos con sus lagartos verdes y sus charcas. Aquella vida secreta y bulliciosa le hizo llevarse la mano al vientre. Trató de sentir también allí dentro la vida a través de las gruesas capas de tela, agitadas por el traqueteo del caballo. Un gesto de inquietud rompió su semblante y se quitó rápidamente la mano del vientre. Nada sentía que no fueran los badenes del camino.

El jefe de la guardia real observó a la reina, expectante, sin saber si debía detener la comitiva. Con un simple levantamiento de su redonda barbilla y una mirada severa, la reina Isabel impidió el alto y continuaron hacia su destino. El ruido de los caballos se unía al cascabeleo refrescante del arroyo que discurría bajo la fronda, a su derecha.

Una bandada de palomas torcaces pobló el cielo.

—Buena señal —dijo una de las ayudas de cámara de la reina que hacía el viaje con ella, mirando a las aves.

La reina Isabel sonrió por primera vez en lo que llevaban de viaje. Habían salido de Burgos a horas muy tempranas y apenas se habían cruzado con un par de pastores durante el camino y algún que otro recolector de setas, solitario, con su sombrero humilde y sus dientes negros y su cesto lleno de hongos y de tierra.

El cielo resplandecía, desierto ahora de aves. En algún lugar del bosque cantó un cuco real. No tardaron en salir a una explanada verde y olorosa donde el camino llaneaba. La reina Isabel pensó en su anterior aborto con ansiedad pero ningún gesto asomó esta vez a su rostro pálido y redondo, enmarcado por la seda del velo que cubría sus cabellos y el capuchón de la capa. Antes de divisar el monasterio de piedra, les salieron al paso varios monjes envueltos en sus sayas. Tras los protocolarios saludos continuaron hacia el monasterio.

San Juan de Ortega se alzaba solemne en medio de aquella explanada de hierba, con su iglesia románica y su campanario de tres bronces. Se detuvieron los caballos y se acompañó a la reina hasta la entrada de la iglesia. Allí la esperaban otros religiosos. El prior, con voz dulce y maneras pausadas, le anunció:

—San Juan de Ortega le espera y no le decepcionará. Cuidará del hijo que vendrá con

el calor y que será varón, sin duda, majestad. Nuestra orden reza por ello.

Atravesaron la puerta y las pisadas de la reina y de su séquito retumbaron en el vasto espacio del templo. La luz y la blancura de la piedra resplandecían iluminando el baldaquino y las estructuras de la iglesia. Se respiraba un aire místico y perfumado. Un olor antiguo, oscuro, veteado de incienso. Entraron a la zona de oración y antes de arrodillarse la reina Isabel admiró el ábside central y sus tres ventanas cerradas con alabastro. En los laterales se hallaban las imágenes de los santos y el retablo de la Virgen. La reina quedó prendada del capitel tallado en el ábside derecho, donde la imagen de la anunciación a la Virgen se iluminaba en cada equinoccio como un milagro de luz y revelación.

La reina se arrodilló y tras ella su comitiva. Rezaron piadosamente y todas las oraciones iban destinadas proteger la vida que estaba gestándose en el vientre de la reina. Aquel lugar santo había ayudado a muchas mujeres llegadas en peregrinación solicitando quedarse preñadas o amparándolas en el parto. Aquel era el motivo del viaje real.

Con devoción, la reina bajó los ojos hacia las frías baldosas del suelo y al alzarlos proclamó:

—Deseo verlo.

Los religiosos se miraron entre ellos, sin comprender.

—Deseo ver el cuerpo de San Juan de Ortega —dijo alzando la voz y poniéndose en pie.

Todos la imitaron y el prior se apresuró a decir:

—¡Pero hace dos siglos que no se abre la tumba, majestad!

—Quiero verlo —insistió la reina Isabel.

Al fin, los monjes se apresuraron a cumplir sus deseos y la condujeron frente al sepulcro del santo, un sarcófago sencillo, sin adornos. Los guardas abrieron la tapa del sepulcro hincando palos en sus hendiduras y levantando entre cuatro hombres la piedra. Un enjambre de abejas blancas salió de la tumba y revoloteó por el techo de la cripta. Todos se quedaron asombrados ante el milagro y el prior cayó de rodillas. El cuerpo del santo estaba incorrupto. Las abejas volaban llenando el aire oscuro con un dulce zumbido. Su fosforescencia blanca resplandecía en la cripta. A los ojos de la reina Isabel acudieron las lágrimas. Pocas personas la habían visto de tal modo conmovida.

Cuando cerraron la sepultura las abejas volvieron dentro del sarcófago por una pequeña hendidura y la cripta quedó silenciosa, con el recuerdo vibrante de aquel misterio.

Meses más tarde, el 2 de junio de 1448 la reina Isabel la Católica dio a luz a un infante al que llamaron Juan en agradecimiento a aquel santo. Cuando le pusieron al niño en brazos, la reina cerró los ojos y vio una abeja blanca revolotear en los párpados.

Entonces no le cupo duda: las abejas blancas eran las almas de los niños no nacidos.

22. El último invierno

Mis días en El Enebro se están acabando y también la historia de Abelardo y Amelia. Comienza septiembre y en el aire hay una frescura nueva que presagia el otoño. Ha llovido esta noche. Quiero y no quiero volver a Madrid. Echo de menos a mis amigos y mi casa, y a la vez estoy a gusto en El Enebro con el tío Abelardo. He aprendido a quererlo. También pienso en Ambrosio. Casi todo el tiempo. Pienso en Ambrosio. Ambrosio. Y ahora ese nombre me resulta dulce a mis labios, como miel. Ridículo Ambrosio. Miro a mi tío con las mejillas encendidas porque a veces creo que es capaz de saber lo que pienso.

Él me dice:

—Creo que debería ir.

—¿Adónde? ¿A Madrid? —pregunto sorprendida.

—No, al cementerio.

Me revuelvo en la silla incómoda. Abelardo, desde que ocurrió aquello, no ha querido subir al cementerio. Le da miedo ver la tumba de Amelia. Como si verla hiciera que su muerte fuera más real, más inevitable.

—¿Querrás acompañarme?

Me encojo de hombros. A mí todo esto me supera. No me gustan las cosas tristes y en Abelardo y en su historia hay una tristeza demasiado intensa. Hay algo incomprensible y amargo.

No me atrevo a negarme.

—Bueno —digo, haciéndome pequeña.

Salimos de casa de Abelardo en silencio. Echo un vistazo a las calles del centro, apelmazadas y revueltas, mojadas aún por la lluvia nocturna, por ver si veo a Ambrosio. Me gustaría que nos acompañase, que estuviera con nosotros en un momento tan importante para Abelardo. Para Amelia.

Para mí también, supongo.

Abelardo se frota las manos y achica los ojos mirando el final del camino. Es un sendero pedregoso, con hierbajos e insectos. A los bordes se levantan árboles altos que dan sombra al camino. El sol traspasa el enramado y forma una hojarasca de luz sobre la piedra que voy mirando y que en algunos lugares permanece mojada a causa de la lluvia de esta noche. Un pie y otro pie. Abelardo arrastra un poco sus zapatos. Está algo más

encorvado que de costumbre. De pronto se detiene y respira hondo.

Después me dice:

—¿Sabes dónde van las abejas en invierno?

Yo niego con la cabeza y me vuelvo por ver si aparece alguien en el camino, Ambrosio, por ejemplo, y luego miro a Abelardo.

—Se agrupan en el panal en un enorme racimo con la reina en medio. Las abejas se mueven y agitan las alas para darse calor. Las de los extremos son sustituidas cada poco para que no se mueran de frío. Y se alimentan las unas a las otras.

A mí no me importa lo que hagan las abejas, aunque le dejo hablar porque sé que le hace bien, que le entretiene. El sendero comienza a elevarse y nuestros pasos se vuelven más lentos. Ya se ve el pequeño campanario del cementerio.

—Una abeja solitaria —dice— jamás sobrevivirá al invierno.

Su frase me produce un escalofrío como si fuera una premonición de lo que pueda sucederle a él este invierno, sin Amelia. Como es una tontería, agito la cabeza para espantar este pensamiento.

El cementerio de El Enebro es pequeño y está rodeado por una muralla blanca. Como ha llovido, se ven caracoles en sus hendiduras. No hay cipreses, solo encinas y matojos y muchas cruces y tumbas también blancas y desordenadas, bordeadas por callejuelas de tierra. Caminamos por una de esas callejuelas y Abelardo se queda un momento desorientado, mirando el bosque blanco de mármoles. Piensa en la nieve, en el invierno y me habla de ello.

El último invierno con Amelia nevó como nunca. El Enebro se cubrió de montoneras de nieve y de las ramas de los árboles caían, sacudidos por el viento, rimeros de polvo blanco. Amelia estaba contenta con su último libro. Hablaba de las abejas y de un apicultor al que había llamado Abelardo. De qué otro modo podía haberse llamado, decía ella. Escribir sobre abejas le hacía revivir su vida entre ellas. Amelia adoraba las abejas, las quería y las entendía. Sabía de sus humores y sus afectos. Cuando recibió los libros en casa, su risa fue grande y a pesar de aquel dolor que ya le subía por el costado, decidió que debían celebrarlo. Preparó una cena especial, encendió velas, invitaron a Rac y a algunos amigos y bebieron y rieron como hacía años.

Aquella noche anunció:

—Después de los rigores del invierno, llega la primavera. A todos nos llega la primavera tarde o temprano.

Dice Abelardo que entonces él no podía sospechar lo que ella ocultaba bajo aquellas palabras. El invierno fue largo y frío y emotivo. Estuvieron más unidos que nunca. Ella escribiendo con la manta por los hombros y su taza de té verde y Abelardo enfrascado en

sus trabajos artesanales, en el cuero y las conservas y el pequeño invernadero del patio.

A veces ella se quedaba absorta mirando el suelo del salón y una sonrisa pequeña, como el brote de una flor diminuta, asomaba a sus labios. Dice Abelardo que él creía que en esos momentos Amelia se imaginaba a la niña que nunca tuvieron, o a la joven que ya sería, deambulando por la casa, y que aquellas ilusiones la sacaban de este mundo. Una tarde volviendo del huerto se la encontró llorando.

—Pero no supe qué le pasaba hasta más tarde —explica Abelardo—. Después de que ella...

Se calla de golpe y sigue su camino entre los nichos. Llegamos a una tumba sencilla y blanca y es la de Amelia. Abelardo no se encoge ni cae de rodillas ni se santigua. Solo mira la tumba con los ojos entrecerrados, incrédulos. Un dolor le parte el alma, yo lo sé. Se percibe en esos ojos secos y lejanos, en sus labios entreabiertos como una herida, en las manos grandes que se aprietan hasta clavarse las uñas.

—¿Por qué lo hizo? —pregunto yo.

—Amelia era un misterio —responde Abelardo.

Y entonces llora.

Yo veo agitarse sus hombros grandes y escucho el sollozo áspero, como el murmullo de un tren lejano, y veo sus manos viejas cubriendo el rostro y la nuca desnuda, frágil, inclinada hacia el suelo, donde el viento campea y levanta sus mechones blancos.

No soporto tanto dolor y yo también lloro.

De vuelta, Abelardo rompe el silencio para terminar su historia. Siento toda esa pena como la cuerda de un violín a punto de romperse. Abelardo la rasga con las últimas palabras.

Me cuenta que, al fin, llegaron los ríos del deshielo y con ellos la primavera. El espíritu zumbón de las abejas llenó los campos y el viento trajo corrientes cálidas, libélulas, pájaros... Amelia se levantaba entonces de muy buen humor. Una mañana cantó y bailó y él la veía echar la cabeza hacia atrás como bebiéndose todo aquel sol, aquella primavera. Su rostro estaba embellecido por las arrugas, porque las arrugas, Elena, dice Abelardo, también son bellas. Y más en Amelia.

Como dos viejos, se sentaron al sol y hablaron de muchas cosas. Amelia estaba melancólica y excitada, semejante a una jovenzuela que fuera a asistir a una romería, a la que no acudiría nadie más que ella. Se puso guapa, con un vestido rojo que le estaba prohibido para no atraer a las abejas.

—No importa —dijo—. Aquí dentro de la casa qué me va a pasar.

Dice Abelardo que cuando se despidió de ella, Amelia lo retuvo y lo besó en los labios con un beso largo y húmedo que le recordó a aquel beso primero y al picotazo de la abeja

y que, como en una película, le sucedió su vida por aquellos labios. Ella lo vio irse en el todoterreno hacia la ciudad a hacer unos recados y levantó la mano, apoyada en el alféizar, tan guapa con aquel vestido, con aquella primavera, el viento y la luz. Los cristales. Tan vieja y tan guapa.

Cuando regresó Abelardo, ella no estaba.

Más tarde la encontraron en las colmenas.

23. Las colmenas

Alcanzamos las primeras casas de El Enebro y entonces lo veo.

Ambrosio. Aún está lejos.

Sin darnos cuenta, Abelardo y yo vamos de la mano. Él tiene los ojos rojos y el cuerpo inclinado, como si le diera un ventarrón de frente y tuviera que contenerlo. La mano es el único consuelo que puedo darle a Abelardo, pero ahora que veo a Ambrosio me da vergüenza aunque no me atrevo a soltarla.

Es el propio Abelardo el que me da un pequeño tirón apretándome la mano y liberándola después. Susurra:

—Mira, Elena, allí tienes a tu enamorado.

Y yo me pongo muy nerviosa y me gustaría darle un empujón a Abelardo. Pero él ya se ríe casi sin pena y entonces yo también me río, aliviada por olvidar un instante la tristeza que nos trajo Amelia.

Aún tarda Ambrosio en ponerse a nuestra altura.

—Chico, llévate a la niña a dar un paseo. Venimos del cementerio y necesita un poco de aire —dice Abelardo—. De juventud y de alegría.

Nos guiña un ojo y él emprende el camino a su casa, despacio y grande, llenando el horizonte, y su paso es triste.

—Pobre Abelardo —digo.

—¿Venís de ver a Amelia?

Sacudo la cabeza y me vuelven a entrar ganas de llorar. No pienso hacerlo, pero un nudo me atrapa la garganta y necesito respirar muy fuerte. Pestañeo y el rostro de Ambrosio al que ahora miro de frente se me emborrona. Me doy la vuelta y me froto los ojos.

Ambrosio es delicado cuando me toma de la mano y me lleva sin decirme nada.

Caminamos por el sendero y enseguida nos adentramos en el sotobosque de enebros. Seguimos subiendo y no hablamos. Es raro que yo no hable, pero aún siento esa pena de Amelia y de Abelardo, y hay en todo ello, en la forma de morirse de Amelia, en la tristeza de Abelardo, en los ruidos del bosque, en la luz, en el aire y hasta en la mano de Ambrosio que rodea la mía, una intensidad que me impresiona.

Me sorprende ver, de pronto, entre la hojarasca, la casa abandonada que es el refugio de Ambrosio. Un pájaro aletea sobre el techo derruido y se pierde en el bosque. La luz atraviesa la choza, ilumina franjas verticales de aire repletas de minúscula vida. Escucho cerca el zumbido de una abeja y no me sobresalto. Todo sucede lentamente, con una violencia y un exceso que me estremecen. Puedo verme desde el cielo, como si yo fuera ese pájaro, esa abeja. Y también a Ambrosio, los dos juntos, entrando en la casa abandonada, aún de la mano, y a la vez siento esa mano —esta mano— caliente y húmeda, fuerte que se enlaza a la mía y que no quiero que me suelte. Nunca.

El interior es como un decorado. Las paredes destartaladas, el sofá en medio, con su tapicería florida, los hierbajos del suelo, algunos libros y el cielo sobre nuestras cabezas.

Huele a bosque. A mojado.

Nos sentamos. La tela del sofá está húmeda, se pega a nuestras ropas que también se enlazan entre ellas. Y es este calor que desprende Ambrosio el que me conforta. Siento arrebolarse mis mejillas. Estoy de pronto tan a gusto que me invade un placentero sueño e inclino la cabeza hacia el hombro de Ambrosio.

—¿Cómo fue? —pregunto haciendo un esfuerzo.

Su mano en mi mano, sobre la rodilla.

—¿Cómo fue lo de Amelia?

Ambrosio tarda en contestarme. La encontraron en las colmenas, dice, rodeada de abejas. Muerta. Solo tenía una picadura. Había llevado su último libro y ella lo aferraba con su mano derecha, rígida e hinchada. En él se había posado una abeja.

Blanca, dice Ambrosio, aunque yo no me lo crea.

Una abeja blanca.

—¿Pero por qué lo hizo? —insisto—. ¿Por qué dejó que la picaran?

Ambrosio gira la cabeza y me pone una mano en la mejilla mientras me explica, con el rostro muy cerca:

—Subió a las colmenas y se puso a hablarles a las abejas hasta que convenció a una para que la picara.

Hace un silencio donde solo están sus ojos y su boca tan cerca y añade:

—¿No te lo contó tu tío? Después del entierro, una tarde, recogiendo sus papeles encontró el informe médico. Ella no se lo había contado a nadie. Así era Amelia.

Me estremezco. No hace falta que me diga qué había en ese informe médico. Siento que tirito y me aprieto más al cuerpo de Ambrosio. Él sigue con la cabeza vuelta hacia mí, aunque yo ya no lo miro, contemplo el suelo de piedras y hierbas, con los libros de Ambrosio desparramados, atormentada por la idea del suicidio de Amelia, y entre los libros veo el último que escribió, con su portada de colores y su título en negrita y el

nombre de ella, pequeño y exacto, como si aún existiera.

Entonces siento la mano de Ambrosio que vuelve mi cabeza suavemente y cierro los ojos antes de que su aliento y sus labios se junten con los míos.

Cuando llegamos a casa de Abelardo, Ambrosio me suelta la mano. Sonríe antes de despedirse y admiro esa sonrisa que lo convierte en otro.

Ambrosio, pienso.

Abejas, pienso.

Y el tío Abelardo sale a la puerta.

Creo que en El Enebro me he vuelto menos charlatana porque no le digo nada al tío. No hace falta. Él me mira y creo que sabe lo que ha pasado entre nosotros. Sonríe satisfecho. Después se le arruga la frente y me anuncia que ha llamado mi madre.

—En un par de días vendrá a recogerte —anuncia con voz tristona.

—Abelardo —le interrumpo—. Quiero ir contigo a las colmenas.

Él sonríe y se pone como loco.

—Iremos mañana por la mañana que es la mejor hora para inspeccionar las colmenas. La mayoría de las recolectoras están fuera.

—No, quiero ir ahora —añado.

Él encoge los hombros, sonriente, y me lleva hasta el granero. Me pruebo un traje de apicultora y me río. Parezco un astronauta. Abelardo también se ríe y me mira, con los ojos como huidos, tristes, y yo creo que así vestida le recuerdo a Amelia.

Montamos en el todoterreno y Abelardo va alegre como antes, contándome secretos de su oficio de apicultor. El aire ya no es caliente y entra por la ventanilla y nos azota y hace que Abelardo a veces tenga que subir la voz para que yo le escuche.

—Es una pena que cada vez menos gente se dedique a este oficio —grita.

Llegamos y aparca el coche.

Al fondo veo las colmenas, que son cajas cuadradas, pintadas de colores, colocadas sobre unos listones de madera que las aíslan del suelo. Ya oigo el zumbido, aún lejano, y me pongo nerviosa.

—Qué va a ser de todo esto cuando yo me muera —dice Abelardo.

—Tienes a Ambrosio —le digo.

Se pone su máscara y me indica por señas que me la ponga. Sonríe y yo le veo a través de la rejilla. Su sonrisa es burlona. Dice:

—Y tú también.

Estoy dispuesta a protestar pero él se pone un dedo en los labios y me ordena silencio para acercarnos a las abejas. Lo hacemos despacio y a mí el corazón me late muy deprisa. Pienso en Ambrosio para calmarme y no lo consigo. El zumbido me rodea. Hay abejas por

todos lados. Trato de contener el miedo e imito a Abelardo en sus movimientos. Enciende el ahumador y lo acerca a la piquera, que es la abertura por donde entran y salen las abejas. Quita la tapa y golpea por arriba una de las barras. La saca y yo veo las celdas, algunas repletas de miel. Hay abejas negruzcas moviéndose sobre los hexágonos. Otras vuelan a nuestro alrededor. La prodigiosa metrópolis de las abejas me cautiva enseguida. Dejo de sentir miedo y cierro los ojos. Oigo el vuelo incesante de las abejas, algunas tan cerca de mis oídos que su zumbido es un latigazo alto y vibrante. Fugaz.

Pienso que este sonido es lo último que escuchó Amelia.

Después el rostro de Ambrosio lo llena todo.

Abro los ojos y veo las abejas.

AMELIA Y LAS ABEJAS

Elena pasa unos días en casa de su tío Abelardo, en El Enebro, un pueblo pequeño donde no conoce a nadie. Abelardo es apicultor, pero a Elena le dan miedo las abejas. El tiempo transcurre entre las historias que le cuenta el tío Abelardo sobre su gran amor, Amelia; el descubrimiento del fascinante mundo de las abejas y la amistad con un chico del pueblo llamado Ambrosio. Su extraordinaria relación con las abejas y sus maneras tan diferentes a las de los chicos de ciudad le hacen sentir cosas inesperadas. Tal vez el amor es lo que sugiere Platón: la alegría de los buenos, la reflexión de los sabios y el asombro de los incrédulos.

periscopio

edebé

www.edebe.com